

JEAN-BAPTISTE BOTUL

*La vida sexual
de Immanuel Kant*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM ha creado, para el disfrute del lector universitario y del público en general, la colección Pequeños Grandes Ensayos, la cual difundirá, en breves volúmenes como el que tienes en tus manos, el fruto de la aguda reflexión, el análisis o la crítica de célebres autores de diferentes épocas, lugares y orígenes. Ensayos, unos, sólo accesibles hasta ahora en costosas antologías; otros traducidos al español por primera vez y algunos prácticamente desconocidos, conformarán este acervo que, sin duda, ampliará la perspectiva cultural de sus lectores.

La vida sexual de Immanuel Kant

COLECCIÓN
PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

JEAN-BAPTISTE BOTUL

*La vida sexual
de Immanuel Kant*

Traducción y prólogo de
DULCE MARÍA GRANJA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2003

Primera edición en la colección Pequeños Grandes Ensayos: 2003

Diseño: Marycarmen Mercado

Título original:

La vie sexuelle d'Emmanuel Kant

© Éditions Mille et une nuits, 1999

ISBN 2-84205-424-5

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Y FOMENTO EDITORIAL

Prohibida su reproducción parcial o total
por cualquier medio, sin autorización escrita de
su legítimo titular de derechos

ISBN de la colección: 970-32-0479-1

ISBN de la obra: 970-32-0779-0

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO

Conviene ofrecer al lector de habla española una breve noticia de los rasgos más sobresalientes de la figura filosófica de Jean-Baptiste Botul y de las tesis centrales que subyacen en este interesante opúsculo.

La vida sexual de Immanuel Kant consiste en ocho pláticas sostenidas por Botul en Paraguay a raíz de la invitación que le hiciera un grupo de inmigrantes alemanes, originarios de Königsberg, que había huido de su ciudad natal en el año de 1945, cuando ésta fue ocupada y literalmente demolida por la armada soviética.

Es un trabajo que había permanecido inédito hasta hace poco tiempo: en el año 1999 se publicó por vez primera para el público francés. Quizá lo primero que deba señalarse es que estamos frente a un ensayo de divulgación, más literario que filosófico; con ello quiero decir que no presenta ni la argumentación rigurosa, ni el lenguaje técnico, ni el manejo preciso de las fuentes documentales propios del ejercicio profesional de la filosofía. Por supuesto, esto no significa que no se aborden temas de importancia filosófica indiscutible. Lejos de eso,

el ensayo está cargado de tesis y sugerencias de gran interés y alcance, expuestas en un lenguaje coloquial, de una manera llana, directa y con mucho sentido del humor. Botul procede entre broma y veras, puede llegar a parecer chocante pues raya a veces en la parodia, como él mismo lo declara hacia el final de su trabajo. Sin embargo, esto no significa, según Botul, que pretenda empañar o rebajar la figura de Kant. ¿Qué significa entonces?, ¿qué propósito persigue? “El sentido del humor es el antídoto contra el veneno de la vida”, decía Schopenhauer; así, yo me inclino a pensar que Botul trata de resaltar la enorme figura del pensador prusiano a pesar de los muchos venenos de esta vida. Ojalá que el sentido del humor que el lector encuentre en el pequeño libro que tiene entre las manos no le parezca irreverente, sino que, por el contrario, le permita apreciar que la talla y el temple del maestro de Königsberg está mucho más allá de la del común de los mortales.

Entre las muchas sugerencias brillantes que Botul deja caer, como de pasada, y no explora con detalle, hay tres tesis centrales que subyacen en este opúsculo.

La primera es aquella con la que Botul abre su conferencia inicial: la cuestión de si hay o no vinculación relevante entre la vida personal de un pensador y su quehacer filosófico teórico. Botul se aparta en este punto de la idea sostenida por la mayor parte de sus maestros de la Sorbona de la década de 1930, en la cual prevalecía el neokantismo como corriente hegemónica. En consonancia con el desdén que el neokantismo profesó por todo lo individual, los maestros de Botul sostenían que la vida de un filósofo carece del menor interés para su filosofía. Botul, en cambio, considera que la individualidad de un pensador se entrelaza y se funde firmemente con su obra, de modo que la biografía de Kant y la trayectoria sistemática de su doctrina deben enfocarse como una unidad; y eso es lo que él intenta hacer a lo largo de estas pláticas, a pesar de que, como lo declara explícitamente a su auditorio, no es un especialista en Kant.

Seguramente la nostalgia por la patria lejana hace que los inmigrantes alemanes, que conforman el público para el que habla Botul, extrañen su pasado cultural y se acentúe en ellos la inclinación que de hecho ya sentían por

las doctrinas del pensador prusiano; a punto tal que tratan de emular la vida de Kant en sus propias vidas. Es así como se plantean las preguntas de si es universalizable la castidad y el celibato propios de Kant y si esta castidad y celibato son coherentes con la teoría moral kantiana. Esto nos lleva a la segunda tesis que aborda Botul en este ensayo. Dicha tesis, presentada sobre todo en la tercera y la octava conferencias, pero que se deja sentir en diversos lugares del trabajo como un tema orquestado con distintas variaciones, es uno de los motivos centrales de la *Crítica de la razón práctica*: la universalidad del imperativo categórico.

A pesar de que Botul cita textualmente al inicio de su tercera conferencia la primera formulación del imperativo categórico, *i.e.*, “Obra de modo tal que la máxima de tu acción pueda convertirse por tu voluntad en ley universal”, Botul cae en el error en que han caído muchos notables pensadores: suponer que el imperativo categórico se refiere a conductas y no a máximas. Por consiguiente busca, erróneamente, como criterio de moralidad, la universalización de una conducta y se da cuenta de que ello

no es posible. Sin embargo, el imperativo categórico se refiere a la máxima, es decir, al principio determinante de la voluntad, al móvil que nos lleva a obrar y no a la conducta. Por ello, la moralidad no puede radicar en el plano de la conducta empíricamente observable; aquí sólo hay sitio para la legalidad. La moralidad no puede residir sino en la motivación de la acción, en el querer. De la misma manera como el criterio de moralidad no puede radicar en la universalización de una conducta, igualmente no puede pretenderse encontrar la realización empírica de la ley moral.

Pero Botul pasa por alto esto y para tratar de resolver el falso problema ante el que lo coloca su errónea interpretación de Kant, recurre a lo que será la tercera tesis central de este ensayo, la vinculación entre celibato y filosofía. Botul afirma que para él:

El kantismo es un modo de vida antes que una doctrina. Un conjunto de disposiciones y actitudes, más que una colección de textos y un sistema de conceptos.

Pensar es llevar una vida de pensador. Hay una palabra que expresa esta definición: *asce-*

sís, que en su sentido antiguo no expresa mortificación, sino entrenamiento, ejercicio y reglas para la vida.

Además, Botul no comparte el punto de vista de quienes ven en la monotonía de la vida de Kant un estrechamiento o cerrazón filosófica. Antes bien, quiere mostrar que existe en esa banalidad querida, cultivada, algo que es substancial a la filosofía de Kant y a la filosofía en general. Quiere explicar por qué el celibato, lejos de ser una cuestión accidental, forma parte de la esencia misma de la filosofía. Así pues, Botul afirma que el celibato kantiano se levanta como un paradigma de la vocación filosófica. Para probarlo menciona los casos de otros famosos filósofos célibes: Malebranche, Gassendi, Hobbes, Pascal, Descartes, Spinoza, Newton, Leibniz, durante el siglo xvii, Hume y Voltaire durante el xviii, Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard, durante el xix. La filosofía es una actividad de tiempo completo y si la mayor parte de los grandes filósofos permaneció célibe es para testimoniar que el fin último de la humanidad no consiste en reproducirse. La filosofía es la afirmación de que existe

una forma no sexual de perpetuarse: la transmisión de conocimientos, es decir, la cultura. Kant puede permanecer célibe sin contradecir su moral; su celibato no amenaza la preservación de la especie. Por el contrario, la filosofía brinda a la humanidad un semen espiritual.

Hemos dado noticia de las tesis y fines más sobresalientes de la obra. Nos resta presentar al lector de habla española algunos rasgos de la figura filosófica de Botul.

La vida de Botul es poco conocida. Nació el 15 de agosto de 1896 en la pequeña ciudad de Lairière, perteneciente al departamento de Aude, en el Languedoc al sur de Francia: esa tierra soleada de costas bañadas por el Mediterráneo. Murió en su misma ciudad natal en el año de 1947, igualmente un 15 de agosto, en la indiferencia general. Filósofo autodidacto, seguidor de la tradición oral de la filosofía y del movimiento del felibrisimo,* Botul usó su conocimiento del lenguaje provenzal para dictar numerosas conferencias y discursos tanto en

* Nombre del movimiento poético iniciado en el siglo XIX en Provenza para la depuración y conservación de las características originales de la lengua provenzal y de sus diferentes dialectos, así como del arte y de las costumbres de esa región del sur de Francia, especialmente la tradición de los trovadores.

Francia como en América del Sur (especialmente Argentina y Paraguay). Fiel a la tradición oral, no dejó ningún escrito filosófico, pero se cuenta con las transcripciones de sus conferencias, charlas de sobremesa, refranes y apotegmas, así como una abundante correspondencia.

Dulce María Granja

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA

El texto que presentamos por vez primera a un público francés forma parte de las obras tardías de Jean-Baptiste Botul, de ese periodo posterior a 1937 del que, a fin de cuentas, sabemos poca cosa.

Se trata de un ciclo de conferencias que Botul pronunció en Paraguay en mayo de 1946, probablemente entre el 10 y el 15 de ese mes, un año antes de su muerte. Las circunstancias de aquella exposición pueden ser calificadas de extraordinarias. En efecto, el público de Botul estaba compuesto únicamente por inmigrantes alemanes que habían fundado una colonia bautizada como Nueva Königsberg. Se trataba de admiradores de Kant que vivían a la manera del filósofo de Königsberg. La mayor parte venía de esa ciudad, la cual habían abandonado bajo un diluvio de fuego y acero en mayo de 1945, cuando el ejército rojo conquistó la capital de la ex Prusia oriental para convertirla en Kaliningrado. Después de un periplo a la vez fantástico y trágico, del que se puede lamentar que no haya suscitado el interés de ningún historiador, una centena de esas familias encontró re-

fugio en Paraguay y fundó la colonia, siglo y medio después de la muerte de Kant. Según los testimonios de los visitantes de la Nueva Königsberg, aquellos alemanes se vestían como Kant, comían y dormían como él y cada atardecer hacían la legendaria caminata en un ambiente reconstruido que evocaba las calles de Königsberg. Es probable que durante su estancia en Argentina, Botul oyera hablar de esa comunidad trascendental.¹ No se sabe cómo serían recibidas las revelaciones de Botul sobre la vida sexual de Kant por aquellos curiosos emigrantes que quizá uno podría calificar de “kantianos integristas”.

¿Pudo consumir Botul aquel ciclo de conferencias? El asunto era crucial para la sobrevivencia de la Nueva Königsberg. Para decirlo simplemente: si Kant había vivido en la más perfecta castidad, entonces toda comunidad neokantiana que decidiera imponerse esa regla de continencia se encontraría destinada a la desaparición por extinción natural. Pero, por

¹ Sobre la estancia de Botul en Argentina, véase F. Pagès, *Sur un fragment peu connu de J.-B. Botul*, Éditions Pluriel, París, 1998. Sobre la vida de Jean-Baptiste Botul, véase la cronología que aparece al final de este libro.

otra parte, si el conferencista revelaba la existencia de una vida sexual en Kant, empañaría la leyenda dorada del maestro y se vería acusado de revisionista. Valientemente, Botul aceptó afrontar tal dilema. Pero más allá de su momentáneo auditorio, su inquietud más profunda se remitía a Francia y a la Sorbona en particular. No sin motivo: los pocos universitarios que tuvieron en sus manos este texto no escondieron su sorpresa y desaprobación. Victor Delbos, profesor de la Sorbona y famoso especialista en Kant, decidió romper toda relación con su antiguo alumno mediante una carta en la que lo acusaba de "ensuciar la reputación de uno de los más grandes genios de la humanidad".

Ciertamente en aquel momento el neokantismo estaba muy extendido, e incluso era dominante en la Sorbona. Ni el marxismo, ni el existencialismo, ni Heidegger, ni el psicoanálisis tenían aún el derecho de ciudadanía en la facultad de filosofía. Kant proporcionaba un marco ideal de pensamiento, un punto de convergencia para las diferentes opiniones del racionalismo republicano y laico. "He herido a un gigante del pensamiento que, al caer, me ha aplastado bajo su peso", se lamentaba Botul

ante su amiga Fernande B. en una carta en la cual, para convencerla de la importancia de sus investigaciones, le decía: "para mí, la vida sexual de Kant es una de las más serias cuestiones de la metafísica occidental".² A la misma correspondiente le confió algunos años más tarde que: "la sexualidad de Kant es la vía regia que conduce al conocimiento del kantismo" y que esta aproximación le había permitido leer la *Crítica de la razón pura* como "drama y autobiografía". Es de lamentar que la universidad no haya prestado mayor atención a esta nueva lectura que turba nuestra visión del kantismo, despreciando y relegando a Botul a un silencio que hoy toca romper. Sin embargo, otra es la historia concerniente al ocultamiento del botulismo en la filosofía contemporánea.³

Es momento de dejar al lector en compañía de este texto perturbante. Las facultades de análisis y la audacia teórica de Botul brillan mostrando su genialidad. Los antiguos creían que los más grandes personajes se inmortaliza-

² Carta del 1° de mayo de 1932.

³ El término *botulismo*, en sentido filosófico, ha padecido largo tiempo la homonimia con *botulismo*, en sentido médico: grave enfermedad producida por el germen conocido con el nombre latino de *botulus*, el cual se encuentra en la carne en descomposición.

ban bajo la forma de estrellas para brillar toda la eternidad. Gracias a Botul el filósofo de Königsberg no es el mismo y después de la lectura de esta *Vida sexual* ya no nos imaginaremos el astro kantiano como un sol sino como un angustiante agujero negro.*

Frédéric Pagès

* Agradecemos profundamente a la Asociación de Amigos de Jean-Baptiste Botul por habernos permitido consultar ampliamente los archivos del filósofo.

NOTA A LA EDICIÓN FRANCESA

Estas conferencias fueron escritas y pronunciadas en la lengua de los habitantes de Nueva Königsberg, es decir, en alemán. El texto fue traducido, enseguida, al español y después al inglés, pero esas versiones no han sido descubiertas hasta la fecha. En realidad se debe hablar de dos textos originales. El primero de ellos, conocido como versión "argentina", fue redactado antes de que se pronunciaran las conferencias, probablemente en Buenos Aires. El segundo, llamado versión "paraguaya", es el texto que efectivamente se pronunció y que fue retranscrito por la esposa del doctor Borowski. Existen notables diferencias entre estas dos versiones. Hemos elegido ofrecer la versión "argentina" y señalar los pasajes omitidos voluntariamente por el orador. Cuando faltan palabras, o incluso frases enteras, el pasaje está señalado por el signo [...]. Hemos conservado algunas expresiones familiares para preservar el carácter coloquial de la exposición oral.

Frédéric Pagès

Quienquiera que prometa a la humanidad liberarla de los infortunios del sexo, será recibido como héroe.

Freud, Carta a Ernest Jones

AMAR KÖNIGSBERG

Primera plática

Señoras y señores:

Debo confesar que titubeé muchas veces desde que el doctor Borowski me hizo el honor de invitarme a esta comunidad. Yo no soy un especialista en Kant. Esa obra inmensa me intimida, es una jungla ante la que uno vacila internarse. Algunos se han aventurado y jamás han regresado [*risas en la sala*]. Al aceptar hablar de la vida sexual de Immanuel Kant, mis escrúpulos fueron todavía más vivos pues me doy cuenta de que cometo una especie de sacrilegio. ¡Qué incongruencia! ¡La vida íntima de un filósofo! Es natural que los asuntos biográficos sean mal vistos cuando uno pretende tontamente explicar la obra de un pensador mediante su vida. Esto no es mi objetivo. Pero entonces, ¿la vida de un filósofo posee algún interés para la filosofía? Mis profesores de la Sorbona responderían con voz unánime: “¡No!” Así fue como me educaron. Al preparar estas conferencias, escuchaba en el fondo de mi conciencia una voz que, con un tono de reproche,

me decía: “¿Cómo te atreves a hablar de la vida sexual de Immanuel Kant, cómo puedes consagrarle tanto afán?”

Sin embargo, empujado por una oscura fuerza, acepté la invitación que ustedes me hicieron y me puse a leer todas las obras, por otra parte poco numerosas, sobre la vida del sabio de Königsberg, hasta llegar a la sorprendente conclusión que deseo exponerles. Pero ante todo, quisiera precisar que por muy chocantes y lamentables que sean mis conclusiones, ellas no disminuyen en nada el respeto y, me atrevo a decir, la veneración que profeso a Immanuel Kant, quien representa para mí el modelo inigualable del filósofo. Lejos de constituir un tema anecdótico o indecoroso, la sexualidad de Kant es la vía regia que nos conduce a la comprensión del kantismo. Pero entremos ahora en materia, pues como dice el poeta: “La noche cae y el gran jaguar blanco se desliza en nuestros sueños”.¹

Para muchos la imagen de Kant es la de un *père tranquille*² de la filosofía. Se conoce la regularidad de su empleo del tiempo y la trivialidad de su vida sedentaria. Nunca se alejó de su buena ciudad de Königsberg, cosa increíble en una época en la que todos los grandes filósofos –Voltaire, Rousseau, Diderot, Hume– fueron viajeros, europeos curiosos de su continente. Pero Kant se quedó en Königsberg. Ahí nació, ahí murió, ahí trabajó. Las grandes universidades alemanas de la época –Halle, Jena, Erlangen, Mittau– le ofrecieron cátedras de profesor, mas siempre las rechazó. Kant tenía sus hábitos: todos los días su criado Lampe lo despertaba cinco minutos antes de las cinco de la mañana, luego se sentaba a la mesa a las cinco en punto, bebía una o dos tazas de té, fumaba una pipa y preparaba toda la mañana, hasta las doce cuarenta y cinco, los cursos que impartía. Entonces tomaba un vaso de vino de Hungría y se sentaba a la mesa a la una. Después de haber comido, caminaba hasta la fortaleza de Friedrichsburg, siguiendo siempre el mismo camino, que fue bautizado por los habitantes del

² “Padre tranquilo”, en francés en el texto original.

lugar como “el paseo del filósofo”. Era posible saber la hora sin necesidad de reloj pues el filósofo pasaba siempre exactamente a la misma hora. A las seis de la tarde, después de haber leído los periódicos, reanudaba el trabajo en su estudio, que conservaba siempre a una temperatura de quince grados y en donde se sentaba de modo que pudiera ver las torres del viejo castillo. Su meditación fue interrumpida cuando el crecimiento de los árboles le impidió un día tener a la vista aquel panorama. Hacia las diez de la noche, quince minutos después de haber dejado de pensar, se acostaba en su recámara, cuyas ventanas permanecían cerradas todo el año, se desvestía y se metía en la cama mediante una serie de movimientos especiales que le permitían quedar perfectamente cubierto toda la noche. Cuando las necesidades urinarias lo hacían despertarse, se guiaba con un cordel que había instalado entre su cama y el baño a fin de no tropezar por las noches.

En el Siglo de las Luces, en una Europa en ebullición, en plena Revolución francesa (que él aplaudía), permaneció fijo en esa ciudad a orillas del mar Báltico: Königsberg. Nunca residió en Italia, contrariando así la tradición alema-

na del “gran viaje” (*Kavalieretour*) ejemplificada en el siglo XVIII por Winckelmann, contemporáneo de Kant y prusiano como él, o, una generación después, por el gran Goethe.

Kant no hizo sino el “pequeño viaje” entre su casa y la torre del reloj. Esa vida sin relieve, sin drama, aparentemente sin crisis, concierne a la parte más íntima del hombre que fue Kant. Nunca estuvo enamorado, toda su vida permaneció célibe, nunca tuvo ni amante ni esposa. Formó parte de esos grandes hombres, como Newton y Robespierre, a quienes la carne femenina los dejó siempre como mármoles; incorruptibles, asexuados.

Nunca hubo una mujer en la casa de Kant, ni siquiera una sirvienta. Tenía un criado, el fiel Lampe, a quien Kant despidió, según se dice, al saber que se casaría. Electrón solitario, Kant no frecuentaba a sus numerosos hermanos (de los nueve hijos del artesano sillero Johann Georg Kant y de su mujer Anna Regina, cinco alcanzaron la edad adulta). Ni siquiera a su hermano Johann Heinrich que era pastor y le escribía afectuosas cartas.

Digámoslo francamente: Kant es un mal cliente tanto para los biógrafos como para los

amantes de aventuras. A diferencia de Pitágoras, de quien dice la leyenda que vivió veinte vidas enteras, parece que Kant apenas vivió una sola.

Sin embargo, yo no comparto el punto de vista de quienes ven en la monotonía de su vida un estrechamiento o cerrazón filosófica. Yo quisiera demostrarles que existe en esa banalidad querida, cultivada, algo que es consubstancial a la filosofía de Kant y a la filosofía en general. Quiero explicarles por qué el celibato, lejos de ser una cuestión accidental, forma parte de la esencia misma de la filosofía.

Esta tesis puede parecernos incómoda hoy día. Sin embargo, nunca elogiaremos suficientemente la sabiduría del filósofo que no ha querido compartir su vida con mujer alguna. Se puede considerar discutible el sistema kantiano, se puede uno reír del personaje, pero hay un asunto sobre el que Immanuel Kant no puede sino suscitar la admiración universal: su celibato. Todas sus tesis son discutibles excepto una: el filósofo digno de ese nombre no se casa.

En cuanto a su vida sexual, les ruego abstenerse de todo prejuicio, no juzgarla precipitadamente, incluso no juzgarla, en la medida de

lo posible. Les ruego adoptar la actitud preconizada por Spinoza en su *Tratado político*: “no reír ni llorar, sino comprender”.

Kant no vivió como eremita, alejado de su ciudad y de su tiempo. Cuidémonos de imaginarlo como enemigo de la vida mundana, recluso en una torre de marfil. Sospecho que sus biógrafos han “pulido” su vida, para encerrar al personaje en una vitrina: borrando sus asperezas y sus manchas han fijado para la historia un Kant avejentado y obsesivo. Sin embargo, ese hombre vivió antes de llegar a ser célebre, es decir, antes de cumplir sesenta años. Cuando no era sino un *magister*, frecuentaba las tabernas y jugaba al billar, a veces incluso bien entrada la noche. Cuando llegó a ser profesor titular y pudo comprarse una casa y pagar un mozo, se complacía acogiendo a sus invitados en las comidas que él organizaba y que se prolongaban hasta el atardecer. Kant salía con agrado y se dejaba invitar por lo mejor de la sociedad de Königsberg, que lo apreciaba como “amable compañero”, tal como lo describió un testimonio de aquella época: “es el viejo más despabilado y ocurrente, un verdadero *bon*

vivant en el sentido más noble; digiere tan bien los platos fuertes como el público digiere mal la filosofía que él le ha dado a leer”.³ En las veladas del conde y la condesa de Keyserling, en cuya casa había sido preceptor durante sus años de juventud, Kant tenía un lugar de honor. Como lo señala un testimonio: “él era casi siempre quien desataba y dirigía la conversación”. Kant podía hablar de todos los temas y le consultaban sobre cualquier asunto. En 1774 un sabio físico encargado por las autoridades de la ciudad de instalar el primer pararrayos de Königsberg en el campanario de la iglesia de Haberberger, escribió a nuestro filósofo para pedirle su punto de vista. ¡Kant consejero sobre truenos y relámpagos!

Hay una razón simple, de la que se habla poco, por la que Kant nunca quiso dejar Königsberg. Ahí estaba su modesto negocio. Uno imagina frecuentemente a nuestro filósofo como un universitario asalariado, al abrigo de las nece-

³ J. H. L. Meierotto, *apud* L. Brunn, *Vie de Meierotto*, Berlín, 1802. Tenemos aquí otro testimonio más, de Johann Bernouilli, extraído del tomo III de sus *Voyages* y fechado el 1º de julio de 1778 (Kant tenía entonces 64 años): “Este célebre filósofo es un hombre de compañía

sidades, casi un funcionario. Grave error de perspectiva, anacronismo flagrante.

Kant recibía un pequeño pago de la autoridad como subbibliotecario. Pero como profesor, trabajaba por su cuenta. Era un trabajador independiente, con todos los apremios que esto supone. Lo esencial de sus ingresos estaba constituido por los honorarios que le pagaban sus alumnos. Si no había clientes, no había dinero. Kant permanecía tributario del antiguo sistema medieval en el que las universidades eran pagadas por su público. Nada que ver con nuestra moderna universidad, ni siquiera con la de Berlín, la cual, durante la década de 1830, garantizó la carrera y la seguridad económica del profesor Hegel. Kant ejerció la filosofía libremente, como un médico o un abogado. Para recibir su clientela necesitaba una sala. Por ello Kant tenía necesidad de contar con una casa propia y de amueblar un *auditorium* en la planta baja, pieza principal y central de la vida kantiana. Por otra parte, tal instrumento de trabajo podía ser rentado.

tan vivaz, tan amable y con un arte de vivir tan refinado, que uno no supondría fácilmente que hay en él un espíritu que medita con tanta profundidad".

Uno se burla a veces de las recriminaciones de nuestro filósofo contra el ruido de los vecinos, sobre todo cuando éstos se ponían a cantar; especialmente cuando cantaban los prisioneros y sus cantos, no siempre bien entonados, escapaban por las ventanas de sus celdas. Kant escribió a la municipalidad para poner fin a esto, ¡los reclusos cantando!...

Kant trabajaba en su domicilio; debía preparar y dar sus cursos tranquilamente, lejos del ruido. Su casa era una pequeña empresa de dos trabajadores: él y su criado Lampe. Su clientela estaba compuesta por jóvenes estudiantes y adultos de edad madura. En el programa había toda clase de materias: geografía, poesía, artillería, astronomía. Se olvida frecuentemente que no enseñaba solamente filosofía, es absurdo considerarlo el primer profesor de filosofía: Kant no es el primer filósofo moderno, sino el último filósofo del Antiguo Régimen. Escribía sus libros de filosofía antes o después del trabajo, como una pasión devoradora o como una terapia; durante mucho tiempo los personajes importantes de la universidad lo vieron como a un filósofo *amateur*. Cuando llegó la fama, muy tardíamente, Kant continuó haciendo el papel

de enciclopedia viviente; hasta los 75 años, es decir, hasta el límite de sus fuerzas, continuó dando sus cursos: no tenía pensión de retiro.

¡Qué trabajo! La vida no era fácil. Algunos estudiantes no pagaban; otros, sin recursos, recomendados por amigos, debían ser acogidos gratuitamente.

Como un campesino atado a sus siembras todos los años, Kant no podía tomar vacaciones. Modesto hijo de artesano, procedente de una familia numerosa, su vida intelectual era ya de por sí un logro. ¡Y quisiéramos que hubiera ido a entretenerse a París o a Venecia!, ¡y quisiéramos que se hubiera casado!, ¡que multiplicara sus cursos para criar a niños que gritarían y brincarían en los pasillos, mientras que en el auditorio, con su débil voz, apenas audible, el profesor Kant trataría de retener a sus clientes rusos y prusianos!

Kant nunca se alejó más allá de Pillau, a cuarenta kilómetros de Königsberg por vía marítima; en esa ocasión padeció mareos. Jamás fue a Riga, centro intelectual en el que vivía su editor Hartknoch, a menos de cuatrocientos kilómetros de Königsberg. Si él hubiera ido a Riga

el 13 de septiembre de 1773, habría conocido a Diderot quien, camino de San Petersburgo, había hecho una parada ahí. Fatigado excesivamente por muchos días de viaje, el filósofo francés no se proporcionó el descanso del guerrero sino el del viajero en brazos de una pelandusca. Esa mujer le inspiró un poema libertino intitulado “La moza del Hostal de la Pezuña”:

Ella es un primor, vaya si es un primor
que por todo Riga va causando furor;
yo, por un céntimo, a la moza del Hostal
de la Pezuña pude alzarle el chal,
y por un doble tostón... —¿por un doble tostón
qué es lo que consiguió? —le cogí un pezón,
más luego, por un escudo... —¿por un escudo
qué es lo que obtuvo? —me enseñó el culo
—¿por dos escudos, pues, qué no conseguiría?
—primero su coño y luego hacerla mía:
así, con tres escudos, céntimo y doble tostón
gané pezón, culo, coño y hasta una infección;
y todo, note usted, en el mismo instante,
mientras que su patrón, hombre muy caballero,
ha invertido diez veces el mismo dinero
y tras medio año apenas logró algo semejante.⁴

⁴ “Elle est jolie et très jolie/De tout Riga c'est la folie/La servante du
Pied fourchu/Pour une obole un jour je levai son fichu/Pour un double

Así pues, Diderot no tuvo la oportunidad de recitarle ese poema a Kant. Aunque el francés pasó por Königsberg en 1773, no preguntó cómo encontrar a Kant pues este último aún era desconocido en Francia. ¡Qué pena! Uno soñaría con una comida en la que departieran los dos hombres, un almuerzo como los que Kant solía organizar. Diderot habría tenido poca oportunidad de encontrar mujeres y estaría sorprendido. ¿Un salón sin filosofía –cosa prohibida por Kant durante las comidas– y sin mujeres? ¡Ese prusiano era sorprendente!

teston... Pour ce double teston/Eh bien que fites-vous? Je lui pris un téton/ Pour un écu... pour votre écu/Après que fites-vous? Après je vis son cul/Pour deux écus que fites-vous?/Je lui prends le con je la fous/Et pour mes trois écus deux testons une obole/J'eus un téton, un cul, le con et la vérole/Le tout en un instant notez bien ce point-là/ Car son maître fort galant homme/Y mit dix fois la somme/ Et six mois de soupirs pour n'avoir que cela." [Traducción al español de Juan Carlos Rodríguez]. Este poema se encuentra en H. Dieckmann, *Inventaire du fonds Vandeul et inédits de Diderot*, Ginebra, 1951.

MARIA CHARLOTTA

Segunda plática

La sexualidad de Kant también intrigaba a sus contemporáneos. En el ocaso de su vida, recibió de uno de sus biógrafos autorizados, llamado Jachmann, un cuestionario detallado en el que figuraba esta pregunta: “¿Alguna compañera de alcoba ha recibido los favores del filósofo?” Kant no se dignó responder. Sabemos que permaneció célibe, pero no sabemos si permaneció casto. Estamos seguros de que Kant conoció la sensualidad pues apreciaba la buena comida, no estaba anestesiado y tenía una boca y unos labios en buen funcionamiento. Tampoco tenía vergüenza de su cuerpo: desde que tuvo cierta cantidad de dinero compró ropa que le sentaba bien, elegante incluso. Ciertamente, Kant no tenía un físico seductor. Con una estatura de un metro cincuenta, era lo que su madre llamaba un *Manelchen* (un hombrecito); tenía una gran cabeza y el hombro derecho un poco más bajo que el izquierdo. Sin embargo, no dejó indiferentes a las mujeres. Como prueba tenemos las dulces pa-

labras que recibió en 1762, a la edad de 38 años, de parte de una tal Maria Charlotta Jacobi:

Querido amigo,

no se asombre de que le escriba al eminente filósofo que es usted. Me pareció verlo ayer en mi jardín, pero después de que mi amiga y yo recorrimos todas sus calles y constatamos que no se encontraba bajo este cielo, me ocupé de confeccionarle el listón que le envió para el espadín. Espero tener el placer de su compañía mañana por la tarde. Ya me parece que lo escucho decir: "sí, sí, estaré ahí". Lo esperamos, pues, y daré cuerda a mi reloj. Discúlpeme, por favor, esta evocación. Mi amiga y yo le enviamos un beso de simpatía. Deseamos que el aire de Kleiphoff sea igual que el de aquí, de modo que el beso no pierda toda su fuerza de simpatía. Que se encuentre bien.⁵

Esta joven mujer descarada se divierte con la teoría de la transmisión a distancia y también quiere divertirse con el filósofo. ¿Hasta dónde?

La invitación es directa y atrevida, viniendo de una mujer casada como lo era Maria Charlotta Jacobi, cuyo apellido de soltera era Schwinck y que estaba casada con un banquero.⁶ Ofrecer un listón para el espadín es algo que no deja de tener connotaciones de ligereza y picardía. La expresión “daré cuerda a mi reloj” es difícil de interpretar. Para algunos comentaristas, evoca la novela *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, aparecida en 1760 y leída en toda Europa, en la cual un pastor protestante da cuerda al péndulo de su reloj cada vez que cumple sus deberes conyugales. Para otros comentaristas, hay que asociarla con aquel pasaje de la *Antropología* en el que Kant afirma que “las mujeres tienen la costumbre de usar sus libros de la misma manera que usan su reloj: lo llevan de modo que se vea que lo tienen, sin importar que esté parado o no ande bien”. Así pues, Maria Charlotta le lanza un desafío para una agradable reunión cultural.

Yo, por mi parte, tengo otra hipótesis que se refiere a las medias de Kant. A fines del siglo XVIII, antes de que el pantalón largo rempla-

⁶ Botul se refiere a Maria Charlotta Schwinck (1739-1796) quien estaba casada con Johann Konrad Jacobi (1717-1774) [N. de la T.]

zara al pantalón corto, todos los hombres de buena condición usaban medias. A fin de impedir que éstas cayeran y para evitar las tradicionales ligas usadas debajo de la rodilla, con las que se corría el riesgo de producir un torniquete, Kant se confeccionó un ingenioso sistema que permitía a la sangre circular libremente: el hilo que sostenía sus medias estaba ensartado en un engrane de reloj, sujetado sobre las piernas y provisto de un resorte, de modo que el filósofo podía arreglar con precisión la tensión del hilo sin comprimir sus arterias. Así, puede verse la importancia que Kant otorgaba tanto a su salud como a su presentación. “Dar cuerda a su reloj” podría significar entonces, en la pluma de la señora Jacobi que conocía las manías de la vestimenta de Kant, “estar de punta en blanco”, “andar de tiros largos” en relación con una parte del cuerpo que generalmente está oculta a la mirada. ¿Una invitación sexual? Yo así lo creo.

No sabemos si Kant respondió a esta desvergonzada Maria Charlotta; sabemos que en 1768, seis años más tarde, en una segunda carta desafía nuevamente a nuestro filósofo para que se reúna con ella en Berlín, ciudad donde

ella se aburre.⁷ Ciertamente Kant no fue a reunirse con ella, mas ¿lo hubiera deseado? En todo caso, a los 44 años, la aventura galante tocaba a su puerta y, por principio, Kant no estaba en contra, como lo explica en la *Antropología*:

el puritanismo del cínico y la castidad del anacoreta, que se privan de los placeres de la sociedad, son deformaciones de la virtud que no invitan a practicarla; abandonadas una y otra de las Gracias, no pueden aspirar al ideal de la humanidad.

En esto radica la complejidad de nuestro caso: no tratamos ni con un misántropo cínico, ni con un anacoreta, ni con un cenobita.⁸ Frecuentemente los moralistas predicán la castidad, pero practican la carnalidad. Kant hace lo inverso: ensalza el placer, pero en la práctica se abstiene, se contiene y retiene. ¡Qué hombre tan extraordinario!

⁷ Es de lamentar que esta carta no se encuentre en la *Correspondance* editada por Gallimard.

⁸ El anacoreta es un ermitaño solitario mientras que el cenobita vive en una comunidad (por ejemplo un monje).

[...]

Sabemos que en su juventud Kant fue preceptor durante nueve largos años en casa de las familias ricas prusianas (entre ellos los Keyserling) en la campiña cercana a Königsberg. ¿Aprovecharía acaso la promiscuidad del numeroso personal que trabajaba en la casa –del cual él formaba parte– para conocer carnalmente a alguna mujer?

Luego, más entrado en años y en mejor posición económica, Kant no juzgó conveniente emplear a un ama de llaves, una sirvienta, una camarista o a alguna otra persona de sexo femenino; contrató a Lampe, antiguo soldado, hombre a carta cabal, devoto y no muy listo.

Bella casa, bella traza... Kant no era un profesor sin ingresos ni un docto harapiento... Sí, Kant, el "*magister* elegante", como se referían a él sus contemporáneos, no era un mal partido para el bello sexo. Si hemos de creer a otro de sus biógrafos, Boroswki, por lo menos en dos ocasiones jóvenes "dignas" se declararon interesadas en casarse con el filósofo. Pero Kant se rehusó, o mejor dicho, postergó su decisión ejecutando, respecto del matrimonio, una evi-

dente maniobra de procrastinación.⁹ Pero, lo repito, no ignoró a las mujeres.

Desde ese punto de vista fue muy distinto de los jóvenes intelectuales románticos que le sucedieron, esa generación de jóvenes frustrados e ignorantes, totalmente desconcertados por años de encierro en internados, desprovistos de toda familiaridad con ese continente desconocido que es el otro sexo. Concluyamos provisionalmente que las mujeres le interesaron a Kant y que Kant le interesó a las mujeres.

⁹ *Procrastinación* (del latín *cras*, "mañana"): la acción de posponer una decisión para mañana.

¿DEBE CASARSE EL FILÓSOFO?

Tercera plática

Kant mundano y casto, solitario y sociable, amante de la buena comida, pero no de lo carnal. ¡Cuántas contradicciones! Estamos en plena neblina, esa misma neblina que cubre las costas del Báltico durante buena parte del año. Esta niebla se extiende sobre el asunto que tratamos pues una objeción muy grave viene a contradecir la hipótesis de la castidad. No es a kantianos expertos como ustedes a quien debo recordar el primer principio de la moral kantiana: "obra de modo tal que la máxima de tu acción pueda convertirse por tu voluntad en ley universal".

Apliquemos este principio a la vida sexual y veremos inmediatamente que la castidad es tan indefendible y contradictoria como el homicidio, pues si todos los humanos la practicasen eso sería el fin de la especie.

Es imposible que un espíritu tan poderoso como el de Kant haya caído en contradicciones con sus propios principios. Así pues, la castidad no puede valer como ley universal para la especie humana.

Ahora bien, la objeción se redobla si considero otro principio afirmado por Kant según el cual: "todo órgano existe en función del fin que debe realizar".¹⁰ Los órganos sexuales también... los del filósofo también. Si no, nuestro hombre es un monstruo, dotado de atributos inservibles. No hacer uso de sus *genitalia* sería contradecir las leyes fundamentales de la naturaleza.

¿Me han seguido en mi razonamiento?
¿Comprenden que la vida sexual, o más bien, la carencia de vida sexual de Kant no es meramente una cuestión de historia, de información, de documentación, de anécdota, sino que plantea un cuestionamiento sobre la coherencia del sistema kantiano?

Estamos en el bosque y la noche cae. Una noche sin fin nos amenaza si nuestros cantos no despiertan la aurora.

¹⁰ La cita exacta de Kant es: "proponemos en principio que no existe órgano para un fin que no sea, al mismo tiempo, el más apropiado y adaptado para dicho fin", *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, primera sección. [N. de la T.: Botul comete dos tipos de errores al referirse a las diversas obras de Kant: a) en algunas ocasiones maneja imprecisamente las fuentes y b) en otras ocasiones atribuye a Kant fragmentos que no existen como tales en los textos originales.]

Para salir de la oscuridad voy a hacer tabla rasa, como si ustedes nunca hubieran abierto un libro de Kant. Sé bien que esto no es el caso, pues de otro modo no estarían aquí, tan lejos de Königsberg, después de tantos riegos y obstáculos mortales, embarcados en esta magnífica aventura. Pero, en fin, hay que saber comenzar, de vez en cuando, desde cero [*se escuchan en la sala murmullos de aprobación*]. Regresemos, pues, a los fundamentos del kantismo.

Kant revolucionó la moral. Antes de él, la cuestión ética fundamental era la de definir el bien. Eso fue lo que intentaron todos los filósofos de la Antigüedad: establecer una jerarquía entre las cosas buenas para descubrir el bien supremo, el bien soberano, el *summum bonum*, como se decía en latín, y que se llamaba, según los diversos autores, “placer”, “verdad” o “virtud”; todos ellos valores exteriores al hombre, valores que lo superaban, que él no había producido.

Es ahí donde interviene Kant *de façon renversante*.¹¹

¹¹ “Cambiano radicalmente las cosas”, en francés en el texto original.

Para él el criterio de moralidad no se encuentra en lo que hacemos, sino en la manera como lo hacemos. No es el resultado del acto lo que cuenta, pues de lo contrario, el peor bandido que diera limosna para las buenas obras de su parroquia estaría seguro de ir directo al cielo. No, lo que constituye la moralidad de un acto es la pureza de la intención, la rectitud de la voluntad. Dos cualidades difíciles de apreciar desde el exterior, hay que admitirlo; sin embargo, constituyen el único criterio que nos permite escapar de una moral de revista semanal, es decir, de un conjunto de consejos que, como recetario de cocina, nos indicara la fórmula para alcanzar la felicidad. En efecto, para Kant el problema no es cómo obtener la felicidad sino cómo hacernos dignos de ella.

En la primera formulación, el problema es la distancia entre nuestra condición y la felicidad suprema, de modo que la sabiduría consiste en reducir esa separación, como cuando uno escala una montaña para alcanzar la cumbre. En la formulación kantiana, en cambio, la cuestión es la diferencia entre sí mismo y la idea que uno tiene de sí. Es cuestión de *dignidad*.

cae del cielo. El hombre kantiano es su propio director de conciencia, no tiene necesidad de un confesor o de un gurú. Recuerden que Kant admiró a Rousseau porque para él la fuente de la moralidad es la conciencia, “instinto divino, voz celestial e inmortal”. Éste era también el punto de vista de Kant. Escuchemos nuestra conciencia; es la voz del deber.

¿Cómo obedecerla? La vida cotidiana nos obliga a valernos de astucias. Por ejemplo, para el terrible deber de levantarse cada mañana a trabajar... la solución se llama Lampe. Así, todos los días, a las cinco de la mañana, cuando resonaba en su recámara la grave voz de su criado que le gritaba “¡Ya es la hora!”, Kant escuchaba la voz del deber, con su fuerte acento de disciplina (Lampe era un soldado que había combatido en la Guerra de los Siete Años). Así fue como Kant pudo acatar lo que escribió en la *Crítica del juicio*: “Cuando la ley moral habla, ya no se es objetivamente libre para elegir lo que debe hacerse”.¹²

Esta doctrina tiene la ventaja de fundar una moral del deber incluso si no se cree en Dios.

¹² I. Kant, *Crítica del juicio*, § 5.

Reúne, bajo el mismo impulso, a creyentes y a agnósticos; no hay necesidad de teólogos para enaltecer la virtud. La moral kantiana permite fundar un régimen que tiene la fuerza de un núcleo religioso sin los inconvenientes del clericalismo, establece preceptos universales. Es por esto que en mi patria, Francia, la universidad y la república veneran a Kant, su moral se dirige al hombre en tanto que hombre y nosotros amamos eso.

¿Y la mujer?

No estoy bromeando, ¿qué decir respecto de la diversidad entre los seres humanos? Kant se interesa por la pluralidad humana con todas sus divergencias: hombres y mujeres, sanos y enfermos mentales, salvajes y civilizados.

Consideremos esta última división. Kant conocía a los salvajes, mejor dicho, había escuchado hablar de ellos. Sus cursos de geografía, compilaciones de información tomada de gacetas y relatos de viajeros, contienen abundantes y sorprendentes observaciones. He aquí algunos extractos tomados al azar:

parece que no tienen cuello [...] La suciedad [de los hotentotes del cabo de Buena Esperanza] sobrepasa todo: uno los puede oler desde lejos; untan a los recién nacidos con estiércol de vaca y los ponen a asolear [...] Cuando [los esquimales] se hacen viejos, los padres preparan un banquete y se hacen estrangular por sus hijos, pero jamás se dan la muerte a sí mismos.¹³

¡Vaya a oírse la voz del deber en estos lugares! En cuanto a la diferencia entre sano y enfermo mental, ésta nos reserva una sorpresa porque veremos más adelante que Kant no se considera en la primera, sino en la segunda categoría, en tanto que hipocondriaco y melancólico.

Por último, la división hombre-mujer nos revela una claudicación de la humanidad. Los dos sexos no caminan al mismo paso sobre la ruta de la civilización y la cultura. Para convencerse hay que abandonar las tres austeras *Críticas* y pasearse por obras más fáciles y menos reputadas, como la *Antropología desde un punto de vista pragmático* y las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*,

¹³ I. Kant, *Geografía*, *passim*.

sin olvidar las *Reflexiones* sobre estas *Observaciones*: “Una mujer que tiene la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que discute a fondo el mecanicismo, como la marquesa de Châtelet, bien podrían usar barba. Creo que es difícil que el bello sexo sea capaz de principios”; “muchas mujeres abusan de la autorización que tienen de ser ignorantes”; “el varón es fácil de sondear; la mujer no delata su secreto, aun cuando guarde mal otros (a causa de su locuacidad)”; “la risa es viril, las lágrimas femeninas”,¹⁴ etc. [*diversas reacciones del público*]. Entiendo que habrá entre ustedes quien esté desconcertado a causa de estas citas; les ruego no precipitarse y reservar su juicio: para comprender bien nos hará falta situar a Kant en la tradición filosófica.

Para mí el kantismo es un modo de vida antes que una doctrina. Un conjunto de disposiciones y actitudes, más que una colección de textos y un sistema de conceptos.

¹⁴ Citas extraídas de I. Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* y *Antropología desde el punto de vista pragmático*, *passim*.

Pensar es llevar una vida de pensador. Hay una palabra que expresa esta definición: *ascesis*, que en su sentido antiguo no expresa mortificación, sino entrenamiento, ejercicio y reglas para la vida.

Vivir sin mujer es una ascesis. Vivir con ella también lo es.

Entre las reglas de vida, se plantea la cuestión de lo mixto. ¿Podemos admitir mujeres en una escuela filosófica? ¿Qué serían: amigas, amantes, esposas? Los antiguos respondieron de diferente manera a esta pregunta, según su corriente filosófica.

El estoico romano Musinius¹⁵ escribió un tratado intitulado *Por qué deben casarse los filósofos* en el que explica que vivir según la naturaleza y la razón es vivir en pareja: más que ningún otro, el sabio tiene un deber conyugal. En el mismo sentido, un griego del siglo v llamado Hierocles declaró que los humanos son “animales conyugales” y que el matrimonio “es

¹⁵ Botul comete un error en el nombre del autor. Se trata de Musonio Rufo. [N. de la T.: Musonio fue un filósofo estoico del siglo I d.C. nacido en Bolsena (Etruria) en los últimos años del reinado de Augusto o en los primeros de Tiberio y muerto poco antes del inicio del imperio de Trajano.]

para nosotros un imperativo, si no viene a oponérsele alguna circunstancia”.

Sin embargo, hay que confesar que esta tradición “gamófila”¹⁶ es minoritaria entre los filósofos griegos y latinos. Los epicúreos y los cínicos estaban en contra del matrimonio. Entre los platónicos se repetían hasta la saciedad las anécdotas en contra de Xantipa, la esposa de Sócrates, una fierecilla de lo más bilioso. Los primeros filósofos cristianos también eran muy recelosos respecto de lo que llamaban el “yugo del matrimonio”; san Pablo temía que las tribulaciones de la carne disuadieran a los esposos de la oración. En sus *Conversaciones*, Epicteto hace una desalentadora lista de los deberes conyugales: calentar el agua de la olla, llevar los niños a la escuela (para que no se vayan solos a causa de los pederastas), hacerle favores al suegro, acercarle a la esposa la lana, el aceite, el jergón y la cubeta. ¡Marmitas y chiquillos! ¡En eso se va a meter el filósofo! Y todo esto sin hablar de la sexualidad conyugal... pues el cuer-

¹⁶ Del griego *gamos*, “matrimonio”, y el sufijo *filos*, “amor”; literalmente “amor al matrimonio”. Esta palabra no existe más que en el vocabulario de Botul.

po del marido pertenece a su esposa y no a la inversa, y el deseo femenino es imperioso.

Pero la filosofía es una actividad de tiempo completo, como decía Séneca a Lucilo: "No pienses que podrás hacerla en tus ratos libres". Nueve siglos más tarde, Eloísa le dio la misma lección a su amante Abelardo: "Dejar la filosofía de lado por un momento es casi lo mismo que abandonarla. Interrúmpela y ella te abandonará". Un amigo pianista profesional me decía un día: "Cuando dejo de tocar un día, lo noto en mi ejecución. Cuando dejo de tocar dos días, hasta el público se da cuenta"; vale lo mismo para la filosofía. He citado a Eloísa pero no ampliamente; ustedes conocen la historia de su trágico amor con el filósofo Abelardo; ustedes saben que este pensador del siglo XII, "inventor" del Barrio Latino de París en el que reunía a estudiantes y admiradores, arruinó una carrera magnífica el día en que se enamoró de la bella e inteligente Eloísa, veinte años menor que él. Abelardo tuvo una idea sensata: hacer el amor a esa joven, y una idea estúpida: querer casar con ella. Eloísa estuvo encantada con la primera proposición y escandalizada con la segunda. ¿Casarse?, ella se rehusó citando a san

Jerónimo, a san Pablo, a Teofrasto y a Cicerón. Una dura lección de filosofía que puso al “Sócrates de las Galias” –pues éste era el sobrenombre con que se conocía a Abelardo– frente a sus deberes. “¿No sería inconveniente y deplorable ver a un hombre, que la naturaleza ha creado para el mundo entero, servir a una sola mujer y someterse a un yugo infame?”, se indigna Eloísa, que no es misógina, pero que tiene una visión pesimista (“las mujeres no pueden llevar a los grandes hombres a otra cosa más que a la ruina”). Ahora bien, Abelardo es un gran hombre, al menos en potencia, ¡y es una mujer quien debe recordarle su deber de celibato!

Si me detengo un instante en esta bella historia es porque en la época de Kant, Eloísa era, como ahora, siempre actual. Sin duda había muerto hacia 1164, pero en el siglo XVIII estaba viva aún en la obra de un autor a quien Kant admiraba por sobre todas las cosas: Jean-Jacques Rousseau, una de cuyas obras más famosas se llama presisamente *La nueva Eloísa*. Su trama tiene poco que ver con la Eloísa del siglo XII; Rousseau imagina un curioso trío, compuesto por Julie, su amante Saint-Preux y

su marido Wolmar, viviendo en perfecta y casta amistad, virtuosos los tres hasta los huesos. Estamos lejos, muy lejos, de los pobres arreglos que encontró Rousseau en su vida real con el otro sexo: había elegido vivir con una mujer "sin malicia" llamada Thérèse Levasseur, con quien tuvo cinco hijos y que luego abandonó. ¡Cuántas contradicciones!; una compañera, sí, ¡pero a condición de que sea inculta!; una pareja, sí, ¡pero sin hijos que educar! No voy a hacer esta noche un proceso contra Rousseau, yo veo, en su caso, un ejemplo patético de las contradicciones en las que se han debatido los filósofos a propósito del matrimonio.

La mayor parte ha permanecido célibe. Durante el siglo xvii todos lo fueron sin excepción: Descartes, Spinoza, Pascal, Leibniz, Malebranche, Gassendi, Hobbes. Durante el siglo xviii algunos intentaron la aventura conyugal, Diderot, por ejemplo, pero ni Hume, ni Voltaire, ni Kant lo hicieron. Durante el siglo xix, se casaron Hegel, Fichte, Schelling, Comte, Marx; pero no se casaron ni Schopenhauer, ni Nietzsche, ni Kierkegaard. Actualmente esta causa se ha extendido: uno de los más grandes filósofos fran-

ceses, Alain, se resistió mucho tiempo y sólo accedería a casarse hasta el final de su vida,¹⁷ Bergson y Bachelard no rechazaron ese estado. En nuestros días Sartre y Simone de Beauvoir profesaron siempre la máxima de Abelardo y Eloísa: sí a la filosofía, no al matrimonio.

Tengo la sensación de que se acerca el fin de una época; dentro de algunas décadas se verá al filósofo célibe como una curiosidad y al filósofo casado como la norma. Una larga historia de veinticinco siglos termina ante nuestros ojos con la victoria total del estado conyugal.

Antes, los filósofos europeos, cuando no eran de origen aristocrático (Montaigne, Montesquieu, Holbach), eran "bastardos sociales": no tan pobres pero tampoco tan ricos como para fundar una familia. Cuando habían surgido del pueblo (como fue el caso de Kant, cuyo padre era un artesano sillero), estaban obliga-

¹⁷ Alain, seudónimo de Émil Chartier (1868 -1951), siempre se rehusó a casarse con su amiga Monique Morre-Lambelin. En 1945, a la edad de 77 años, después de la muerte de Monique, se desposó con Gabrielle Landormy. En este respecto, Lagneau, quien había sido maestro de Alain y testigo de aquella época, declara que "él hubiera querido que el profesor de filosofía fuera célibe, al igual que el sacerdote católico". [*N. de la T.*: Para complementar esta nota diremos que Alain nació en Mortagne y fue profesor del Liceo Enrique IV de París. Su género característico son los *Propos* (publicados en series desde 1908), donde exponía su concepción antintelectualista del mundo a propó-

dos a emplearse en las casas de los personajes ricos, príncipes o burgueses, en calidad de secretarios, bibliotecarios o preceptores. Casarse era difícil para ellos, pues no eran un buen partido para las jóvenes de buena familia. Poco dotados de dinero, gozaban felizmente de un capital intelectual cuyo valor fue en aumento a partir del siglo XIX. Véase el ejemplo de Hegel, quien primeramente fue preceptor, es decir criado, y luego logró un “bello” matrimonio: a pesar de ser un modesto director del Liceo de Nuremberg, alcanzó —no sin dificultades— la mano de una joven noble: Maria von Tucher. El “arreglo” de los padres von Tucher resultó favorable, pues Hegel fue luego nombrado profesor de la Universidad de Berlín. Satisfecho con esta trayectoria, escribió a un amigo: “He logrado mi meta terrenal, pues con un empleo y una esposa amada, se tiene todo lo que hace falta en este mundo”. ¡Palabras terribles! ¿Dón-

sito de toda suerte de temas. Otras obras famosas fueron: *Lettres au docteur Henri Mondor* (1923), *Le Citoyen contre les pouvoirs* (1926), *Système des Beaux Arts* (1926), *Les Idées et les âges* (1927), *Entretiens au bord de la mer* (1931), *Histoire de mes pensées* (1936), *Lettres sur la philosophie de Kant* (1946), *Humanités* (1947) y algunos penetrantes estudios literarios, por ejemplo: *Propos d'un Normand (1906-1914)* (1962-1961, en cinco volúmenes) y *Portraits de famille* (1961).]

de está la grandeza del filósofo? Un empleo y una esposa...

Kant evitó con elegancia este destino. Nada de esposa, ni de suegros, ni de amantes, ni de hijos, legítimos o naturales. Evitó a Toinette, a Thérèse, a Carolina, a Regina y a todas las otras.¹⁸ Evitó la terrible incomodidad que padeció el recién casado Hegel de tener que escribir de prisa y corriendo la *Ciencia de la lógica* a fin de poder mantener su matrimonio.¹⁹ Evitó tener que empeñar su biblioteca, como tuvo que hacerlo Diderot dirigiéndose a Catalina II, para poder dar la dote a su hija Angélique; y prefiero mejor no hablar de los hijos de Karl Marx, que le impidieron a ese gran pensador tener la mente libre de preocupaciones materiales.²⁰

[...]

Si Kant rehusó casarse fue porque observó y analizó cuidadosamente el matrimonio. ¡Constante terrible!; “ustedes los que entran aquí:

¹⁸ Toinette (Antoinette) era la esposa de Diderot; Thérèse, la compañera de Rousseau; Carolina Medon, la amante de Schopenhauer; Regina, la novia de Kierkegaard.

¹⁹ En 1814 Hegel escribió a un amigo: “Para escribirla en forma conveniente, necesitaría un año; pero tengo necesidad de dinero para vivir”.

²⁰ Casado con Jenny von Westphalen, Marx tuvo siete hijos y nunca gozó de un ingreso regular.

¡abandonen toda esperanza!”, como escribía Dante; el matrimonio es el infierno. Ciertamente nuestro filósofo no usa imágenes violentas y se contenta con señalar que “es difícil encontrar que las personas que alcanzan una edad avanzada hayan vivido la mayor parte del tiempo casadas”.²¹ Ser longevo o ser casado, hay que elegir; el matrimonio es un lento suicidio, una forma autorizada de abreviar la vida. El comercio sexual entre los esposos no alcanza a explicar este desgaste precoz de la fuerza vital. Es toda la vida conyugal la que deteriora: “las negras preocupaciones, la discordia, el disgusto, reinan en el hogar”.²² Para comprender tal catástrofe cotidiana, hay que remontarse a los fundamentos de esa alianza.

²¹ I. Kant, *Crítica del juicio*.

²² I. Kant, *Reflexiones en torno a las Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*.

LA CABEZA LLENA DE GRILLOS

Cuarta plática

El hastío de vivir

No nos engañemos por su vida aparentemente tranquila. La regularidad de su empleo del tiempo y la monotonía de esa vida estudiosa ocultan aventuras espantosas, excursiones a los confines de la locura. Los monstruos rondan; los caprichos kantianos son una camisa de fuerza que se pone heroicamente para no caer en la inmundicia.

¿Lo estoy inventando?

Kant no era muy dado a las confidencias. Ustedes quedarán decepcionados al leer su correspondencia: nada de intimidad excepto alguna que otra declaración sobre su salud o sobre su estreñimiento. Parecería como si una mano invisible hubiera destruido todas las cartas personales; sin embargo, fue Kant quien se censuró a sí mismo. No tuvo que suprimir sus confesiones: simplemente no las escribió.

Kant dejó sólo algunos indicios, para aquellos que saben leer.

En el *Conflicto de las facultades* escribió: “A causa de mi pecho hundido y estrecho, que deja poco espacio a los movimientos del corazón y del pulmón, tengo una disposición natural a la hipocondría que en otros tiempos llevaba al hastío de vivir”.

Kant declara esto a la edad de 74 años, sin precisar ese “en otros tiempos”; pero lo esencial está dicho: era un suicida, un hipocondriaco.

¿Qué es la hipocondría?

En la *Antropología* Kant la llama *Grillenkrankheit*, que literalmente quiere decir “enfermedad de los grillos”; un hipocondriaco es un *Grillenfänger*, es decir, un “cazador de grillos”. En mi tierra, el sur de Francia, las cigarras hacen un ruido difícilmente localizable, un zumbido difuso y persistente. En Prusia no hay cigarras... los grillos no pueden vivir en el exterior, sino únicamente en la entrada de las chimeneas, junto al calor; su ruido estridente es el calvario del insomne... Ese grillo alemán de la chimenea me recuerda la expresión inglesa del murciélago en el campanario o la francesa de la araña en el techo.²³ En todo caso, se refieren a

animales oscuros, inquietantes, bichos molestos, que los franceses agrupan en la palabra *cucaracha*, insecto simbólico de ideas negras. Tener un grillo en la cabeza es tener una cucaracha persistente. Kant tenía “un grillo en la chimenea”.

Continuemos nuestra exploración. “El hombre hipocondriaco es un loco extravagante”, precisa Littré, en su *Diccionario*: “Se podría suponer que la causa de la hipocondría depende de las vísceras localizadas en el hipocondrio”; esta última palabra designa “la región del abdomen localizada por debajo de las falsas costillas, a cada lado del epigastrio”. Nos sorprende que un problema abdominal pueda provocar ideas delirantes. Sin embargo, es lo que Kant escribe a Marcus Herz, su amigo médico: “tengo cada mañana una expulsión tan dificultosa y escasa que las heces que restan y se acumulan son tantas, que juzgo que pueden ser la causa de la bruma que se apodera de mi cabe-

clélago en el campanario”; esta expresión es equivalente a la expresión francesa *avoir une araignée dans le plafond*, que literalmente significa “tener una araña en el techo”; ambas equivalen a las expresiones españolas “estar mal de la cabeza” o “faltarle a uno un tornillo”, es decir, estar loco.

za".²⁴ El estreñimiento oscurece las ideas. En 1764, en un opúsculo desconocido en Francia, intitulado *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*, Kant proponía un cuadro clínico de la hipocondría:

Ese mal extiende un vapor melancólico en torno al asiento del alma, de manera que el paciente cree sentir la ilusión de casi todas las enfermedades de las que oye hablar. Su tema de conversación favorita es su indisposición, lee con gusto libros de medicina y encuentra en todas partes sus propios males. En sociedad recobra sin darse cuenta su buen humor y entonces ríe mucho, come bien y tiene por lo común el aspecto de un hombre de buena salud.²⁵

Pero no era éste el único malestar que afectaba a Kant; si hemos de creerle, siempre estaba enfermo. En otra carta que dirige a Marcus Herz a finales de 1773, cuando está escribiendo la *Crítica de la razón pura*, le comunica "las frecuentes indisposiciones que sufre y que siempre le obligan a interrumpirla".

²⁴ Carta del 20 de agosto de 1777.

²⁵ I. Kant, *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*, aparecido en 1764.

Éste es el retrato de Kant hecho por él mismo: melancólico e hipocondriaco, siempre enfermo pero aparentemente siempre saludable. Externamente de buen humor, contento, sociable; internamente torturado.

Ahora apreciamos mejor el lado obsesivo y patológico del régimen de vida de Kant. Desplegar tanto ingenio para mantenerse con buena salud, es signo de enfermedad, pero también podría decirse, a la inversa, que si Kant permaneció saludable es porque siempre se creía enfermo. Esta creencia lo equilibraba. Él mismo lo dice de manera admirable: "Cada hombre tiene su particular manera de permanecer saludable, a la cual no se le puede cambiar nada sin peligro".²⁶ Déjenme mis quimeras, ellas garantizan mi sobrevivencia.

Pero no he concluido con la patología kantiana. Ésta no se refiere únicamente al estómago, el abdomen, el hipocondrio y los órganos físicos; Kant estaba gravemente enfermo de la "imaginación": producía escenarios sin fin. Él es el autor de su mal; ama y acaricia sus quime-

²⁶ Carta a Moses Mendelssohn del 16 de agosto de 1783.

ras. Todo parece que el canto del grillo, que a veces le atormenta, le encanta. Sí, amamos ese grillo que nos obsesiona, lo alimentamos; crueldad del hipocondriaco para consigo mismo.

Esa pulsión imaginativa se agita también en las zonas más inesperadas y más nobles de nuestro psiquismo; infecta la “razón”, esa facultad superior de la que el hombre está tan orgulloso. Cuando se vuelve “pura” de toda experiencia sensorial, la razón desatina; pretende probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Esta locura se llama metafísica; el metafísico es un sabio loco, quiere probar todo y con ello demuestra su insania. Ahora bien, Kant es un metafísico tenaz y siente esa pulsión como un deseo amoroso: “se volverá siempre a la metafísica como a una amada con la que se ha tenido una desavenencia”, tal como lo confiesa hacia el final de la *Crítica de la razón pura*.²⁷ Este amor da lugar a “orgías metafísicas”, a graves problemas que Kant designa como *dialéctica*, *paralogismos*, *antinomias*, tres escenarios producidos por la libido metafísica. Es por esto que debe someterse a una ascesis.

Orgías suecas

Esta ascesis toma tiempo: hay que curar al joven. Si Kant escribió tan tardíamente sus grandes libros, si la madurez llegó a él hasta que tuvo 70 años, si en las tres cuartas partes de su vida produjo sólo la mitad de su obra, es porque tenía que purgarse de esos amores prohibidos. Les dio mucho durante su juventud. A la edad de 21 años, en su *Historia universal y teoría del cielo*, que prefirió no firmar, describe el Sol como si se hubiera aproximado a él: “se comienza por ver enormes mares de fuego elevando sus llamas hacia el cielo, después huracanes de flamas cuya violencia redobla el furor de esos mares”. Les ahorro largos pasajes de esta *Historia del cielo*, cuya tercera parte es un “ensayo de comparación entre los habitantes de diversos planetas”. Kant se pregunta por qué nuestra alma inmortal tendría que “permanecer eternamente fija en este punto del universo que es la Tierra”. “Quizá otros planetas se formaron para prepararnos, al final del tiempo prescrito, para que habitáramos aquí abajo, una nueva morada bajo otro cielo.”

Estas páginas hacen del joven Kant lo que llamaríamos hoy un autor de “ciencia ficción”.

Ciertamente se trata de obras de juventud. Pero once años más tarde, Kant reincide al escribir un curioso libro intitulado *Sueños de un visionario*, que prefirió no firmar. ¿Visionario? Un título más apropiado sería *Sueños de un vidente*. En efecto, *visionario* tiene un sentido positivo y laudatorio que no corresponde a la intención polémica de Kant.

El libro constituye un ataque, con todas las reglas del arte, en contra de un iluminado sueco llamado Swedenborg, quien relataba sus encuentros con los espíritus de los difuntos.

Kant está en contra de Swedenborg; totalmente en contra, es decir, se halla demasiado cerca de él. Para refutarlo, no dudó en comprar a precio de oro los *Arcana cælestia*, el libro de Swedenborg. Ese interés por un autor confuso y desconocido en esa época en Alemania, pareció extraño a más de uno de sus contemporáneos. Kant lo reconoce de la siguiente manera: “por una investigación curiosa sobre las visiones de Schwedenberg [*sic*], en alguna ocasión di mucho de que hablar”. Esta referencia a “alguna ocasión” es difícil de precisar; se sabe

solamente que Kant tuvo el proyecto de encontrarse con Swedenborg en Estocolmo y que, al no poder hacer el viaje al otro lado del mar Báltico, hizo que un intermediario lo interrogara; se sabe que cuando Kant tenía la edad de 19 años calificaba a ese iluminado de “hombre razonable, atento y abierto”. Kant describía con admiración y sin reserva cómo Swedenborg, de viaje por Gotemburgo, “vio” y platicó a sus acompañantes sobre un incendio que estaba ocurriendo en ese mismo momento en Estocolmo, ciudad que se localiza a unos seiscientos kilómetros de distancia. “Cómo desearía haber interrogado yo mismo a ese hombre extraño”, confiesa a una conocida en una carta.²³

Deduzco que el único viaje que Kant hubiera podido hacer en toda su vida habría sido a la única ciudad objeto de su deseo y ésta no era ni París, ni Londres, ni Berlín, sino Estocolmo.

A los 42 años hace su autocrítica: “el estado de mi alma efectivamente ha vuelto a ser sensato en este aspecto”; éstas son las palabras de alguien que espera una enfermedad. Mas lo consiguió con mucha dificultad según se ve: “en

²³ Carta a Charlotte von Knobloch del 10 de agosto de 1763.

lo que se refiere a esas narraciones, no puedo impedirme conservar cierta inclinación por las historias de ese tipo".²⁹ Abstención, pero no curación aún de su enfermedad sueca.

Es frecuente que al final de sus vidas, los pensadores se complazcan en curiosos estudios sobre lo paranormal y la parapsicología, como si la oportunidad de tiempo libre del retiro permitiera que se expresaran en ellos las pulsiones largo tiempo refrenadas por la disciplina científica. Ha de señalarse que en Kant fue a la inversa: comenzó por las ciencias ocultas y terminó en las ciencias racionales.

Haremos mal en tratar de fechar esta ruptura e incluso en describirla, ¿qué acontecimiento sustrajo a Kant de la influencia de Swedenborg?, ¿fue el hecho de escribir los *Sueños de un visionario*?, ¿fue la lectura de Hume?

[...]

Kant fue un racionalista, pero un racionalista converso. Como todos los conversos, guardó en el fondo de su corazón una nostalgia por su an-

tigua creencia; consideró las divagaciones de Swedenborg con cierto afecto, con aquella ligera inclinación con la que el alcohólico convertido en abstemio observa la botella prohibida.

Pero su superego vigila contra las pulsiones “visionarias”, especialmente en las horas críticas en las que el pensamiento se relaja. Los monjes solitarios del desierto, en sus celdas, sabían del peligro de las horas vacías, cuando aparece “el demonio del mediodía”. Ese demonio produce una serie de sueños de tono melancólico (y del cual la modernidad sólo ha conservado los fantasmas sexuales). Los padres de la Iglesia describieron ese mal y le dieron el nombre de *acedia*, es decir “tristeza”, la cual deriva, según san Gregorio, en otros males: *malitia*, *rancor*, *pusillanimitas*, *desperatio*, *torpor*, *evagatio mentis*, es decir: “odio frente al bien”, “rebeldía ante los bienes”, “mezquindad de alma”, “desesperación”, “apatía”, “divagación”. Encontramos en Kant la expresión análoga de esta serie de males cuando clasifica los diferentes tipos de locura: confusión mental, delirio, extravagancia, vesania.³⁰ Detengámonos

³⁰ I. Kant, *Antropología desde el punto de vista pragmático*, § 52.

en la primera. La *confusión mental* es la imposibilidad de establecer un vínculo entre las diferentes sensaciones. Todos ustedes, kantianos experimentados, saben que *trascendental* designa las condiciones de posibilidad de la experiencia, gracias a las cuales el flujo caótico de sensaciones es organizado por las “formas *a priori* de la sensibilidad” y ordenado de acuerdo con los marcos innatos de nuestra percepción, que son el espacio y el tiempo. Ahora bien, esta regulación no sigue su curso de por sí, es decir, no es automática; basta, según Kant, con visitar ciertos establecimientos para darse cuenta de ello: “en los hospitales para dementes, las mujeres, a causa de su inclinación a platicar, son las que más frecuentemente están sometidas a esta enfermedad. Esta confusión proviene de lo que yo llamo una avería trascendental”.

En cuanto a la *vesania*, ésta es una enfermedad muy próxima a la razón que desvaría. En la *Crítica de la razón pura* las vesanias se llaman *dialéctica*, *analogías*, *paralogismos*, un conjunto de fantasmagorías producidas por nuestro intelecto cuando funciona en balde, sobre el vacío. En ese sentido la metafísica tra-

dicional, la anterior de Kant, es una inmensa vesania. Por otra parte, esto no es algo más que la *coagitatio*. En el sentido medieval, la *coagitatio* designa la loca agitación de la fantasía en nuestro espíritu; se trata de una sobreactividad de la imaginación, una hiperactividad de la fantasía ligada a esa *acedia* melancólica de la que les hablaba hace un momento.

Esto me lleva al “demonio del mediodía”. Para Kant ese demonio surge en dos momentos delicados: después del almuerzo y en la noche. ¡Cuidado! La somnolencia después de la comida y el sueño profundo son dos enemigos para el filósofo. Hay que estar preparado.

Para luchar contra la torpeza de la tarde, el remedio se llama *pasear*. Kant no es el inventor de este principio; desde la época de los griegos pasear es una actividad indispensable para el filósofo. Recordemos a Sócrates llevando a Fedro por la campiña ateniense, recordemos a Aristóteles y a sus discípulos peripatéticos que no podían reflexionar sino paseando. Dime cómo paseas y te diré qué clase de filósofo eres... La caminata deportista de Hobbes, quien vivió hasta los 91 años, no era como el paseo de Rousseau ni como el de Nietzsche. Vasto

tema que no trataré esta noche... Me detendré en la caminata de Kant, que tenía que efectuarse bajo estricta vigilancia; no se trataba de divagar por los cerros de Úbeda... Cuando caminaba, Kant regulaba con cuidado su respiración, su paso y su transpiración (la cual evitaba). Nada que ver con el paseo de Rousseau, que era una ocasión para la ensoñación, para las experiencias fundadoras, un recurso para entrar en el *yo* profundo, lejos de la sociedad y de la ciudad. Para Kant caminar era un ejercicio de recuperación de las fuerzas mentales; no se trataba de agotarse con ensoñaciones... nada de vesania; un recorrido por la municipalidad era suficiente.

En cuanto al sueño y al reino de la noche, éstos eran peligrosos, había que desconfiar especialmente del paso entre la vigilia y el sueño, del momento en que uno se queda dormido. Kant tenía para esto una técnica bien adaptada: repetía la palabra *Cicerón* como un mantra.³¹ Puesto que se hundía en el sueño como en una nada salvadora, Kant no habló jamás de sus

sueños: el sueño era un gran vacío de pensamiento. Cuidado con el despertar, esa entrada a la atmósfera humana era también una trampa; de esa hora incierta, algunos pretenden sacar lo mejor de su inspiración. A Descartes le gustaba que se le pegaran las sábanas por las mañanas y que vagabundeara su pensamiento. ¡Tonterías para un kantiano!, hay que cortar el sueño como una mala hierba, salir de él de un salto. Cinco minutos después hay que estar en la mesa de trabajo.

SUDOR, SALIVA Y SEMEN

Quinta plática

Gotas de cerebro

Uno tiene que guardar sus líquidos, uno tiene que contenerse. Toda gota de nuestros preciosos humores es una parte de nuestra fuerza vital, todo escurrimiento es desperdicio de energía. El kantismo es esta utopía de la carne: vivir en circuito cerrado, limitar nuestros intercambios a lo mínimo indispensable.

Tomemos uno por uno estos humores y veamos cómo se aplica en ellos el régimen kantiano.

Primeramente hay que preservar el sudor. Los testimonios son unánimes: Kant no sudaba, o sudaba lo menos posible. Jachmann cuenta que: “durante el verano caminaba lentamente para evitar la transpiración”, y Wasianski lo confirma:

Kant no transpiraba ni de noche ni de día [...] La ropa ligera, de la que ya he hablado y que le permitía moverse libremente durante el verano, no podía, sin embargo, suprimir totalmente la

transpiración. Kant la evitaba permaneciendo en la sombra, como si esperara a alguien, hasta que el sudor había desaparecido. Si durante una cálida noche de verano notaba el más pequeño rastro de sudor, hablaba de ese pequeño hecho concediéndole la importancia de un molesto incidente.³²

Enseguida, hay que guardar la saliva. Escupir es desperdiciar. Este humor precioso, y a veces descuidado, tiene las virtudes de un medicamento; por ejemplo, podemos servirnos de la saliva para facilitar la digestión:

si uno está firmemente decidido a no desperdiciar la saliva a causa de un mal hábito, tendrá esta otra ventaja adicional de respirar con los labios bien cerrados, por lo menos cuando uno está a solas: la saliva, que constantemente se secreta, viene a humectar la garganta, sirve también como elemento digestivo (estomacal) y al mismo tiempo puede tragarse como laxante.³³

³² A. C. Wasianski, *Kant intime*, pp. 47, 73.

³³ I. Kant, *Conflicto de las facultades*, 3ª sección.

Se puede usar la saliva contra la tos, para calmar el escozor de la laringe, siguiendo la técnica de Kant inventada para ese caso: "hay que desviar totalmente la atención de esa molestia, esforzándose por dirigirla a cualquier otro objeto".³¹ [Esta ingestión de la saliva tiene consecuencias en el amor. Incluso si Kant no habla de esto, se puede deducir que la práctica del beso es nociva para la salud por el gasto de saliva que conlleva y porque hay intercambio de saliva. Por otra parte, para los antiguos romanos, el verdadero beso amoroso era un intercambio de *pneuma*, no de saliva.]³⁵

Por último, evidentemente, hay que preservar el semen. Desperdiciar el semen es gastar la energía vital; cada eyaculación abrevia nuestra vida. ¿Por qué acortar nuestros días? Tener larga vida era una de las obsesiones de Kant, quien llevaba un listado de los hombres de su generación que iban muriendo. Muerto a los 80 años,

³¹ Botul simplificó una técnica compleja. Ciertamente, la explicación de Kant no es muy clara: "La saliva provocada por la misma irritación impide el efecto al hacernos tragar este elemento húmedo". Resumiendo el conjunto de este difícil pasaje, se diría que para evitar la tos hay que hacer lo siguiente: 1) ni aspirar ni espirar por la boca, 2) dejar que se acumule la saliva, 3) deglutirla.

³⁵ Pasaje omitido por Botul durante su conferencia.

puede decirse que Kant logró su meta. Él sabía que cada relación sexual era un suicidio: “difícilmente las personas de larga vida han estado casadas la mayor parte del tiempo”. Otro de los tormentos del matrimonio de los que hablamos ayer es el dispendio de esperma durante el coito, que redundo en un debilitamiento prematuro. “Los hombres célibes entrados en años (o que llegaron a ser viudos desde jóvenes) conservan, en general, por mayor tiempo un aire más juvenil que la gente casada, lo que parece indicar una duración más prolongada de vida”, escribe Kant a la edad de 74 años.

Para muchos, el deber obliga a gastar el precioso semen; no así para el célibe. Esto nos lleva a examinar el delicado problema de la masturbación.

La deshonra de sí mismo

Todo desperdicio es una falta. En el caso de la masturbación, se trata de la inmundicia. No es asunto de salud, sino de salvación, y esta inmundicia es innombrable: “se considera inmoral llamar a tal vicio por su nombre”, escribe

Kant en un texto en el que ni siquiera una vez aparece la palabra *masturbación*, tal es el violento horror que le inspira este término.³⁶

Esta condenación de una falta que Kant considera más grave que el suicidio, concierne especialmente al adolescente, a quien hay que ponerlo en guardia:

Hay que presentarle todo lo que tiene de repugnante (*in ihren ganzen Abscheulichkeit*), decirle que al cometerla se vuelve inútil para la propagación de la especie, que sus fuerzas físicas se verán reducidas a la nada, que se prepara una vejez prematura, que su inteligencia sufrirá gran merma, etc. Se pueden alejar los impulsos que conducen a esta falta dedicándose a una actividad con empeño, no emplear en el sueño ni en la cama más tiempo que el necesario. Hay que eliminar esas ideas con actividades, pues si el objeto persiste, aunque sea en la imaginación, no deja de carcomer la fuerza vital.³⁷

Y si hay que elegir entre la masturbación y “la relación con una persona del otro sexo”, no hay

³⁶ I. Kant, *Metafísica de las costumbres*, 2ª parte, “Doctrina de la virtud”, §7.

³⁷ I. Kant, *Reflexiones sobre educación*.

la menor duda, “el último medio es seguramente el mejor”.³⁸

[...]

El tabú kantiano de la masturbación es coherente con su teoría de la imaginación: “la voluptuosidad es contraria a la naturaleza, pues el hombre no es movido por el objeto real sino por la representación imaginaria de éste”, se puede leer en el mismo pasaje de la “Doctrina de la virtud”. Diógenes y los cínicos, que defendían la masturbación en caso de necesidad, no vieron que esta práctica no es tan solitaria como parece y que no es “natural”. No nos libera de artificios y fantasmagorías, por el contrario, el que se masturba construye escenarios y evoca la imagen de un ser deseable; cree purgarse de un exceso de humores y no hace sino saturar su espíritu con fantasmas.

¿Les sorprenderá que diga que esta teoría kantiana me parece muy moderna?

³⁸ En su obra *Histoire d'une grande peur: la masturbation* (Les Empêcheurs de penser en rond, 1998), Jean Stengers y Anne van Neek escriben que en Alemania durante el siglo XVIII la disciplina pedagógica referente a la masturbación era de lo más minuciosa.

Ciertamente hoy ya no tenemos terror a la masturbación, pero quizá sólo es una cuestión de palabras. Cuando oigo hablar hoy de cocaínómanos o de opiómanos, no puedo dejar de pensar en ese artículo del *Dictionnaire des sciences médicales* aparecido a comienzos del siglo XIX en el que, a propósito de la masturbación, se dice:

Ese joven estaba en el marasmo más completo, su mirada estaba totalmente apagada [...] tenía la piel terrosa, la lengua vacilante, los ojos hundidos, todos los dientes descarnados, las encías cubiertas de ulceraciones que mostraban una degeneración escorbútica. La muerte no podía ser para él más que el término dichoso de sus largos sufrimientos.

¡He aquí el resultado de la masturbación! ¿No parece acaso que leemos el retrato de un joven drogadicto de hoy? ¿No es, en el fondo, el mismo miedo que nos oprime a un siglo de distancia: la misma incontinencia de una necesidad jamás saciada, el mismo aislamiento, la misma autarquía del joven que frecuentemente carece de acceso a todo, que es separado de su prójimo, “sin puertas ni ventanas”?

Semen y pneuma

Kant es fiel a lo mejor de nuestra tradición sobre el *pneuma*. ¿Qué es el *pneuma*? Es el sople, el hálito, el espíritu. Este *pneuma* corre en la sangre –y también en el semen– bajo la forma de *espíritu animal*. Por lo tanto, todo desperdicio de semen es desperdicio de *pneuma*, toda la energía empleada en la cópula es quitada al pensamiento.

¿Qué es el cerebro sino la médula?, ¿y qué es la médula sino una reserva de semen? Al referirse a Pitágoras, Diógenes Laercio califica al semen como “gotas de cerebro”. Al poner en actividad su sexo, el hombre arriesga su médula, es decir, su cerebro. Platón nos había dicho ya: “los lazos de la vida, por los que el alma encadena al cuerpo, están en la médula y ahí enraízan la especie mortal”.³⁰ Guardar el semen es como salvaguardar una planta que se dirige hacia el cielo, gracias al eje sexo-columna vertebral-cerebro. La continencia nos permite estar erguidos; la incontinencia nos desenraíza y nos desploma. Los que se vacían de los hu-

mores de la médula, enferman de la espalda. En otros tiempos se llamaba consunción dorsal o *tabes dorsalis* a esa desaparición de la energía debida a una gran emisión de líquido seminal.⁴⁰

[...]

Se dirá que una acumulación de semen es nociva para la salud, que puede echarse a perder, como antaño se decía de la “mala” sangre. Tissot consideraba lo contrario: que gracias a la castidad el semen recircula en la sangre, “la circulación se hace más animada, la nutrición más exacta y todas las demás funciones se realizan de manera más perfecta”; guardar el semen es tomar un permanente baño de rejuvenecimiento. Como lo decía en el siglo xvii el médico François-Mercure van Helmont: “Si el semen no se enite, se transforma en una fuerza espiritual”. Kant piensa lo mismo: los humo-

⁴⁰ C. A. Vandermonde, *Dictionnaire portatif de santé*, 1760, en el artículo “*Tabes dorsalis*” dice: “la causa de esta enfermedad es un agotamiento producido por una evacuación excesiva de líquido seminal, como se ve en los jóvenes casados o en los jóvenes libertinos y, en general, en todos aquellos que hacen uso inmoderado de las mujeres”.

res se reciclan, no nos envenenan, al contrario, nos vivifican, incluso los más humildes humores. Saliva, sudor, semen: hay que guardarlos todos. Así seremos capaces de las hazañas más elevadas. Es bien sabido que guardar el semen mejora la voz; en Roma se aconsejaba a los oradores abstenerse de hacer el amor en la víspera de un concurso de elocuencia, de un proceso o de una asamblea política. Ahora bien, ¿qué otra cosa es la filosofía sino el enfrentamiento cotidiano con el pensamiento de otro, la argumentación permanente? Para escribir un poco cada día de la *Crítica de la razón pura* se necesita tanta energía como para un concurso de elocuencia. ¡Nada de hacer el amor en la víspera!

LA COSA EN SÍ TOTALMENTE DESNUDA

Sexta plática

Lo sublime y lo obsceno

Cuando se le reprocha a Kant su vida tranquila en el fondo se le reprocha no haber conocido las *crisis*. ¿Un hombre que no conoce las crisis merece ese nombre?, ¿y qué sería un filósofo que no hubiera conocido la revolución interior, ese vuelco de la vida en el que se impone la causa de la verdad? Los griegos llamaban *epistrofé* y los cristianos *conversión* a esos momentos en los que el ser da media vuelta y vuelve el rostro ante el arrebató del espíritu. La historia de los filósofos nos relata las conversiones de Agustín en el jardín de Milán, de Descartes durante la noche en la chimenea, de Rousseau en el camino hacia Vincennes, de Nietzsche en Sils-Maria.⁴¹

⁴¹ Agustín relata su conversión al cristianismo al leer el Evangelio en un jardín de Milán. Rousseau tuvo la revelación del *Discurso sobre el origen de la desigualdad* después de una insolación en el camino hacia el castillo de Vincennes. A su vez, Descartes tuvo la revelación de su vocación filosófica durante una noche que pasó junto a una chimenea en una recámara en los alrededores de Ulm. Nietzsche tuvo la revelación del eterno retorno a las orillas del lago Sils-Maria en Grisonas.

¿Qué crisis conoció Kant? No se nota ni el rastro de ella. ¡Que el fundador de la filosofía crítica no hubiera vivido ningún momento crítico... sería una paradoja!

Pero esto es un punto de vista inexacto. Kant ha hablado ampliamente de una crisis existencial que sacude a veces al individuo. A esa experiencia de momentos privilegiados Kant la llamó *lo sublime*.

Pero, ¿qué es lo sublime (*das Erhabene*)? Es cuando nos encontramos anonadados, pulverizados, en presencia de lo que nos desborda; no existimos ya más. Es una pequeña muerte, es la experiencia de lo trascendente no divino. Kant da los siguientes ejemplos:

Las rocas que penden audaces y como amenazantes; tempestuosas nubes que se acumulan en el cielo y se aproximan con rayos y estruendo; los volcanes con toda su violencia devastadora; los huracanes con la desolación que dejan tras de sí; el océano inmenso enfurecido por la tempestad; la alta catarata de un río poderoso, etcétera.⁴²

Estos fenómenos naturales tienen lo extraordinario de que Kant jamás los observó. ¿Cuándo pudo siquiera una vez en su vida haber visto los volcanes, los huracanes, el océano inmenso enfurecido por la tempestad, él que jamás navegó por el Báltico?

Por lo tanto, debemos apostar a que se trata de una experiencia íntima que alteró su vida.

Das Erhabene es una noción cardinal, un concepto fundamental dentro del kantismo, que se define por su relación con la noción de belleza. La oposición bello-sublime estructura el universo de Kant, así como las dicotomías duro-suave, seco-húmedo, crudo-cocido, etc., ordenan el universo de las tribus salvajes. En la selva kantiana uno jamás se perderá con esta brújula de dos polos: bello-sublime.

Hay diferentes clases de lo sublime. Está lo sublime de la naturaleza (del que acabamos de ver algunos ejemplos), pero está también lo sublime humano y, dentro de éste, hay un sublime sexual: es el panorama del sexo, y más precisamente, del sexo femenino, de la vulva. Volcán, relámpago, poder de devastación.

Recordemos a la diosa Deméter que llora por la desaparición de su hija Perséfone: pos-

trada, ve llegar a la vieja Baubo, que se levanta su falda y le muestra su vulva. Este espectáculo sacude de risa a la madre enlutada. ¡Cambio de humor!, lo sublime es un poder de convertir.

Entre sus diversos nombres hay que pronunciar el más difícil: *lo obsceno*, que es del orden de lo sagrado y horrible; la misma ambivalencia: atrayente y repulsivo.

Vivimos el espectáculo pornográfico en las mismas condiciones que el espectáculo sublime: desde la seguridad, como espectadores cómodamente protegidos.

Inversamente, lo sublime natural, lo que se ve en los elementos desencadenados, puede provocar efectos sexuales. En *Los sufrimientos del joven Werther*, Goethe relata cómo el rayo y la tormenta producían en las damas poseedoras de salones –recordemos que estamos a finales del siglo XVIII– efectos formidables: pasmo, crisis, suspiros. Esas mujeres lamentaban el anonadamiento, pero también lo esperaban. El rayo es una promesa de pequeña muerte; con frecuencia he notado en algunas mujeres de hoy el mismo miedo a la electricidad.

Al igual que lo sublime, lo obsceno anuncia la pérdida de sí. Lo sublime se opone a lo bello

no como el ser se opone al aparecer, sino como el desaparecer se opone al aparecer.

[...]

Un remedio contra esa pérdida es construir una envoltura. Los filósofos llaman a esta cubierta *sistema* y consagran su vida a tejerlo: es un remedio contra la fragilidad. Todos los filósofos que han construido sistemas han vivido en un intenso sentimiento de fragilidad y de precariedad. Spinoza, Kant, Hegel: no eran nada socialmente, les hacía falta techo y paredes, les hacía falta una coraza de conceptos.

[...]

La verdad sin velos

Toda presentación de Kant comienza con la distinción entre *noúmeno* y *fenómeno*. Es tiempo de hablar de ellos y, especialmente, de esa “cosa en sí”, *Ding an sich*, la cosa tal como es realmente, que Kant llama *noúmeno*, que existe pero de la cual no podemos probar nada.

¡Curiosa teoría del conocimiento! Como si la ciencia tuviera que ver con “cosas”, objetos permanentes, estables. La ciencia moderna no estudia “cosas” aisladas, sino relaciones, flujos, campos, sistemas. Hay en el *noúmeno* kantiano un sorprendente fetichismo de la “cosa”.

[...]

La “cosa” es el sexo. Es evidente. No *podemos* conocer la cosa en sí, nos advierte Kant: no somos *capaces*, pero sobre todo, no estamos *autorizados*. Esto tiene que ver con la moral y con el deseo: “confundir la apariencia con el fenómeno es cometer una falta”, escribe Kant en la *Crítica de la razón pura*. ¿Qué tiene que hacer la noción de falta aquí, sino señalar que la teoría del conocimiento es inseparable de una *conducta* de la razón? La metafísica comete algo peor que un error: comete una falta. Existe una falta porque existe un deseo de querer ver la cosa tal cual es en sí misma. Esta pulsión (*Trieb*), esta manera de mirar bajo la falda de la realidad es una obsesión del filósofo. La “crítica” es una terapia inventada por el doctor Kant para contener –sin poder erradicar– ese deseo de mirar.

Ahora bien, esa mirada lanzada a la "cosa" no es el colmo del erotismo. Kant nos hace *entrever* la verdad y Nietzsche hace un juego de palabras que resume esto cabalmente: "No creemos que la verdad sea todavía verdad sin sus velos".⁴³

Ese deseo mirón de saber, siempre insatisfecho, es el que animaba a los sabios del siglo pasado que desempeñaban gustosamente el papel de ascetas en su vida profesional: nada de mujeres en el laboratorio o en la facultad, nada de sexo, nada más que la verdad.

Se conoce el reverso de ese tipo de ascetismo: el burdel. La verdad que se quisiera contemplar toda desnuda a través de la experiencia o de la especulación, se contemplará, finalmente, entre las piernas de la prostituta profesional de la "cosa en sí". Nuestros antepasados, por otra parte, han revelado un secreto: contemplen ustedes el decorado de sus facultades y de sus anfiteatros; por todos lados, en los muros, en los techos, mujeres desnudas, musas, diosas y ninfas desvestidas. Los frescos de la Sorbona salieron derecho de una sala

⁴³ F. Nietzsche, prólogo a *La gaya ciencia*

de burdel. El artista solamente depiló la “cosa en sí” de esas jóvenes y las rebautizó como Razón, Templanza, Justicia, Virtud, para las necesidades del maestro, pero en la vida civil se llamaban Mimí, Lulú, Fernanda, etcétera.

El filósofo kantiano es un cliente especial: “paga por la cosa”, pero se prohíbe tocarla.

Nuestro filósofo tiene un problema con la reproducción de la especie. Lo que él evita no es el sexo, sino su consecuencia, es decir, la proliferación humana, esa voluntad ciega de preservar su ser, eso que Schopenhauer llamaba la Voluntad (con mayúscula), ese furor de perpetuarse que sobrepasa nuestras voluntades y pulsiones individuales. [Lo que es desagradable es el *conatus*, me atrevería a decir, el *cunnatus*.]¹⁴ Toda especie viviente quiere crecer y multiplicarse, y la humanidad no se escapa de esto. Pero en tanto que individuos, por una especie de milagro, podemos renunciar a ello. Esto se llama castidad, la cual no es negación del placer sino de la generación.

Que venga del intelecto o del bajo vientre, un placer es equiparable con el otro, pero el sexo tiene la particularidad de excitar al individuo en provecho de la especie. No nos tapamos los oídos para no escuchar, bajo los dis-

¹⁴ Palabra compuesta de *conatus* ("esfuerzo para preservarse en el ser") y de *cunnius* ("sexo femenino"). Botul suprimió esta frase en el momento de su conferencia.

cursos amorosos de los romances más refinados, una especie de bajo continuo, el bramido de la vida que reclama lo que se le debe.

En el coito el hombre se rebaja al nivel del animal, no a causa del placer, sino porque obedece al instinto de reproducción. Existe un medio de escapar de este triste destino: es la filosofía. Si la mayor parte de los filósofos fueron célibes, fue para testimoniar que el fin último de la humanidad no es la reproducción. No somos perros, ni paramacios, ni conejos. La filosofía es la afirmación de que existe una forma no sexual de perpetuarse.

Hay que explicar ahora por qué medios extraordinarios se reproducen los filósofos. Helo aquí: ellos no penetran, sino que se retiran. Retirarse tiene un nombre: *melancolía*. Se puede definir la melancolía como una enfermedad de la soledad. El atrabiliario⁴⁶ se aparta voluntariamente; se produce entonces el milagro de la vida contemplativa. En el fondo de la soledad se crean mil vínculos: la desventaja se convierte en una fuerza, la enfermedad que aísla se

⁴⁶ Del latín *atra*, "negra" y *bilis* "cólera"; *atrabilis*, "cólera negra" es el equivalente exacto del griego *melancholía* (*melaina*, "negra" y *cholé*, "cólera"); el atrabiliario es el melancólico [N. del E.]

convierte en la enfermedad que vincula. Los melancólicos, a quienes intoxica la bilis negra, se reconocen en la gran familia de los adeptos de Saturno, portador de *laúdes constelados*.⁴⁶

Se crea un cuerpo colectivo que desafía el tiempo. Miembros de ese linaje, los filósofos se reproducen entre ellos, sin sexo, por medios complejos que se llaman *afiliación, agrupación, amistad*.

Sus matrices se llaman *escuelas, banquetes, salones, universidades*. He aquí cómo se reproduce la especie sin lazos de sangre. Filosofar es afiliarse a padres espirituales; reproducirse sin útero, pero en el espíritu, sin semen, pero con *pneuma*.

Es necesaria una raza especial de individuos castos y célibes, que deciden no procrear, que rechazan los dudosos gozos del matrimonio y se consagran a la transmisión del conocimiento, es decir, la cultura.

Sin esa clase de hombres la humanidad sería una vil manada, sin más memoria que la

⁴⁶ Alusión al poema de Gérard de Nerval "El desdichado": "Je suis le ténébreux, -le veuf, -l'inconsolé/[...]Ma seule étoile est morte-et mon luth constellé/Porte le soleil noir de la Mélancolie". ["Soy el tenebroso, el viudo, el inconsolable/[...]mi única estrella ha muerto y mi laúd constelado/lleva el sol negro de la Melancolía".]

mera memoria genética, una especie animal más entre otras, una simple voluntad colectiva de preservarse en el ser y de proliferar.

Así, habremos de responder a la objeción cardinal que planteaba al inicio de estas pláticas. Sí, Kant puede permanecer célibe sin contradecir su propia moral; su celibato no amenaza la reproducción de la especie. Por el contrario, la filosofía da a la humanidad un semen espiritual, el único líquido fecundante es la tinta, el sustituto de la bilis negra. Leer, escribir, son las actitudes esenciales del filósofo, hombre de biblioteca. El libro es un organismo viviente que engendra semejantes: otros libros bajo la forma de comentarios vivaces e interpretaciones proliferantes.

Es de este modo como los filósofos heredan su bilis negra y su melancolía contribuye a la propagación de los hombres. ¡No les pidamos más! ¡Sobre todo, no les pidamos casarse y procrear!

Los hijos de Kant

debemos preguntarnos ahora es si el kantismo puede tener descendencia.

Yo distinguiría dos tipos de filósofos: los solitarios y los comunitarios, los que mueren sin descendencia –hablo según el espíritu y no según la carne– y los que fundan escuelas. En esta segunda categoría fecunda, se habla de platónicos o de marxistas –bien se podrían llamar también *platonistas* y *marxianos*– y esos adjetivos indican suficientemente que se está en presencia de un movimiento, de un partido, de una teoría que ha sido el origen o raíz de una descendencia, que inseminó y produjo generaciones de fieles. En efecto, hay un *movimiento* marxista y hubo una *academia* platónica. Pero no existe una *escuela* nietzscheana, ni un *partido* schopenhaueriano, ni una *internacional* spinozista. Sólo existirían si Nietzsche, Schopenhauer y Spinoza fueran tanto un punto de partida como un punto de llegada, mas esos caballeros errantes de la filosofía no dejaron tras de sí ninguna familia espiritual. Ellos son los últimos vástagos, con ellos se cierra el linaje de los melancólicos.

Un examen atento de su obra descubriría sin duda el germen espermicida que haría esté-

ril su *pneuma*, pero ese análisis nos alejaría de nuestro tema, es decir, Kant.

¿A qué categoría pertenece nuestro pensador? Sin duda a la primera... No hay movimiento kantiano. Immanuel no es el origen de ninguna escuela. Ciertamente se continúa leyéndolo, comentándolo, editándolo y esa esterilidad es relativa, pero no engendró una descendencia. ¿Se puede, al menos, fundar una comunidad kantiana inspirada en sus principios? Es la pregunta a la que ustedes me han pedido que responda.

He dicho hace poco que el kantismo es un arte de vivir; ¿es un conjunto de recetas –una pipa a las seis de la mañana, un paseo todos los días después de la comida– y basta con que éstas se apliquen? Responder afirmativamente sería contradictorio con la esencia del kantismo.

Miren cómo el paseo de Kant era solitario. Sólo en tiempo de lluvia se puede tolerar la presencia de un criado, Lampe (o de un lampista cualquiera), que le lleve el paraguas... ¡Pero sin conversar!... Nada de paseos entre dos o más... En cuanto a las comidas, puesto que el número de los convidados no debía ser mayor a siete,

se ve que los banquetes en los que nació la filosofía no tuvieron lugar en el kantismo práctico; se adivina que Kant no pudo haber formado un círculo ni haber tenido descendencia.

Pero se debe ir más lejos: sostengo que pretender vivir como Kant sería peligroso; se tendría que poseer su temple, ser heroico como él. Esto no está al alcance de un simple mortal y mañana les explicaré por qué.

EL DÍA Y LA NOCHE

Octava plática

Kant entraba en el reino de la noche con infinitas precauciones:

Se sentaba a la orilla de su cama y se deslizaba dentro de ella, después jalaba una orilla del cobertor por abajo del hombro, detrás de la espalda, hasta el otro hombro y así con la otra orilla. Así, empaquetado en una envoltura, esperaba que le entrara el sueño.⁴⁷

Forrado en una funda o con una camisa de fuerza, como a los adolescentes a quienes, en los pensionados de esa época se impedía que se masturbaran. Pero él, lo hacía voluntariamente: ¡pies y muñecas atadas!

Kant es una bomba que se impide a sí misma explotar. ¿Qué pasaría si un geniecillo maligno viniera a abrir el sarcófago?, ¿qué pasaría si el sueño no le llegara? Los insomnios de Kant engendran los monstruos de la razón.

Todos conocen esas galletas chinas que esconden un mensaje en su interior; ¿qué clase

⁴⁷ A. C. Wasianski, *op. cit.*, p. 70.

de historias se encontrarán si se rompe la cubierta kantiana? Sin duda alguna escenarios terribles. Lejos de mí la idea de profanar la alta figura que nos reúne, quiero solamente hacer un experimento del pensamiento: entre nosotros, esta noche, en nuestro círculo cerrado y durante breves momentos, quisiera cultivar, como un biólogo en su laboratorio, los gérmenes mórbidos del kantismo. Tengan calma, el más pequeño accidente de manipulación amenaza con contaminar el planeta [*se escuchan algunas risas nerviosas entre los asistentes*].

Estamos en la casa del filósofo situada en la calle Prinzessinnen, la ciudad de Königsberg duerme. El hombre sale cuidadosamente de su envoltura, se viste, desciende la escalera con mucho sigilo para no despertar a su criado y sale pegándose a las paredes; se sume en la oscuridad de la noche e inicia su paseo, según un itinerario invariable. Las lechuzas y los búhos están acostumbrados a ver pasar esa silueta a la misma hora; sobre una banca pública, siempre la misma, el paseante se sienta, como presa de una náusea y piensa: “Dos cosas me llenan de un hastío siempre repetido: el delirio en el fondo de mi corazón y la noche oscura

sobre mi cabeza".⁴⁸ Contempla la existencia con disgusto; no tal o cual aspecto de la existencia, sino la existencia en sí misma, grosera, inútil, accidental. En un cuaderno garrapatea: "El odio, el asco de existir, son otras tantas formas de hacerme existir, de hundirme en la existencia; [...] mi saliva es dulzona, mi cuerpo es tibio; me siento insulso".⁴⁹

Otras noches sin luna, el hombre toma otra dirección. Toca a la puerta de una casa en el fondo de un callejón sin salida, señalada por una luz roja: es un cliente. Viene a ver si la patrona tiene algunas jóvenes recién llegadas. Doble vida: filósofo respetable de día, libertino depravado de noche.

A menos que él prefiriera a los jóvenes... Este célibe que jamás tuvo una mujer en su cama, ni esposa ni amante, que vivió con un criado y no con una sirvienta, prefiere el desfreno de la inversión. El paseo kantiano se

⁴⁸ Parodia de la célebre frase de Kant: "Dos cosas llenan mi corazón de una admiración y veneración siempre renovada y creciente a medida que la reflexión se aplica a ellas: la ley moral en el fondo de mi corazón y la noche estrellada sobre mi cabeza", *Crítica de la razón práctica*, "Conclusión".

⁴⁹ Estas líneas están tomadas de *La náusea* de Jean-Paul Sartre, cuyo título primitivo era *Melancholia*.

dirige entonces hacia los jardines públicos de mala fama, poblados de siluetas inquietantes, en búsqueda de encuentros furtivos y vergonzosos.

A menos que la crueldad kantiana contra sí, ese amor perturbado del deber que uno se impone y que hace daño, no lleve al “*magister elegante*” hacia una horrible cita clandestina en la que se derrame sangre.

A menos que el hombre no sea simplemente un dandi: sus modales, el cuidado con que se observa, esa originalidad absoluta, esa estilización de su existencia, he aquí, a finales del siglo XVIII, un precursor genial de Brummell o de Baudelaire, esos grandes artistas de la melancolía.

A menos que nuestro doble Kant no regrese a los amores de su juventud y se ilumine el cerebro entrando en contacto con los difuntos, en torno de una mesa de espiritistas. No estaría forzosamente en malas compañías: muchos de los más grandes hombres del siglo XIX estaban apasionados por el magnetismo y lo paranormal. El gran Schopenhauer adoraba las sesiones de espiritismo; por otra parte, basta deformar ligeramente el mundo nouménico para hacer accesible el reino de otros seres

pensantes mediante la telepatía y los mediums. El mundo nouménico kantiano no está lejos de nuestra ciencia ficción.

En fin, en una apoteosis diabólica, se puede invertir la moral kantiana línea por línea: el bien es el mal y el mal es el bien. Se obtienen entonces las reglas que conocemos perfectamente en este bárbaro siglo xx: "Mata de tal manera que tu crimen pueda servir de modelo a toda la humanidad"; o bien: "No te contentes con querer matar a todo el mundo; haz de modo tal que todo el mundo quiera matar a todo el mundo"; o bien: "Asesina de tal manera que tu asesinato se pueda aplicar a toda la humanidad"; no digo con esto que el nazismo salga del kantismo, lo que digo es que en el kantismo, así como en toda moral que busque lo universal, hay un germen de perversión que basta activar para obtener un genocidio y una exterminación en masa; o bien...

Me detengo en mis manipulaciones.

Ven ustedes que es mejor que Kant permanezca estéril: engendraría hijos malditos y retoños inmundos. Cuidémonos de no romper la cubierta del filósofo.

El regreso de Maria Charlotta

Kant es el filósofo del límite. Ni más allá ni más acá, ni rebelde ni sumiso, vive en equilibrio en el desequilibrio, en permanente riesgo de la caída fatal. Demasiado honesto para ser irregular, demasiado regular para ser honesto.

El filósofo crítico camina sobre una cuerda floja tendida entre dos abismos, por arriba y por abajo. Es así como hay que leer las tres monumentales *Críticas*: como la cura terapéutica de un hombre desgarrado, de un funámbulo de la razón y de la sinrazón que experimenta cotidianamente la atracción de lo sublime y de lo horrible.

Espero haber tenido éxito en mostrar que la sexualidad kantiana no está en su vida sino en su obra. La gran cuestión es afrontar la cosa en sí.

He dicho hace poco que el kantismo era un manojo de escenarios, para terminar quisiera proponerles uno de los menos espantosos.

Permítanme imaginar el regreso de Maria Charlotta a Königsberg después de su viaje a Berlín. Sí, esa culta descarada que tomaba la iniciativa ante Kant.

Ella tenía su puesto en la casa del filósofo. No precisamente en su cama ni sobre el dudoso trono de una esposa.

Ella podría haber sido el alma de su salón.

Ella habría sabido animar la conversación con la gracia de su espíritu; habría sabido hacer hablar a los señores sobre los temas más graves con el tono más jocoso y menos pedante; habría sabido burlarse con afecto de ese pequeño y buen hombrecito, filósofo, que pretendía saber todo lo referente a las costumbres de los kalmukas, los pararrayos y el origen de nuestra galaxia; habría calmado al Kant que no soportaba la contradicción; una mujer cultivada del siglo XVIII sabía hacer eso.

Ella habría podido hacerle comprender que no se posee ya más la verdad, que no se posee sino una mujer.

Ella habría podido...

Señoras, señores, agradezco su atención.

Botul

Cronología

- 1896** Jean-Baptiste Botul nace el 15 de agosto en Lairière, departamento de Aude, Francia
- 1904** Conoce a Baden-Powell, fundador del movimiento *scout*
- 1914** Se refugia en Argentina para escapar al enrolamiento durante la guerra
- 1916** Conoce al filósofo Alain, con quien comparte opiniones pacifistas, feministas y anárquico-socialistas
- 1917** En misión oficial en la isla Clipperton (disputada por México y Francia), cree encontrar la Atlántida y el *omphalos* griego. Intenta fundar, con las quince personas que habitan la isla, una nueva academia platónica, un "jardín" epicúreo y finalmente una comunidad kantiana según los principios de la castidad. A su paso por México, quizás conoció a Emiliano Zapata y a Pancho Villa
- 1920** Breve relación con la princesa Marie Bonaparte
- 1930** Correspondencia amorosa con Lou Andréas-Salomé
- 1934** Probable encuentro con Stephan Zweig
- 1938** Conferencia en Pittsburgh ("El arte de la disputa"). Conoce a André Malraux, funge como su edecán particular y colabora en la liberación de Alsacia
- 1945** Disputa con Jean Cocteau
- 1946** Dicta sus conferencias de Nueva Königsberg, Paraguay
- 1947** Muere, ignorado y desconocido, en su pueblo natal, el mismo día de su nacimiento

Bibliografía mínima

Jean-Baptiste Botul, *La Vie Sexuelle d'Emmanuel Kant*, pres., trad. y notas de Frédéric Pagès, Mille et une nuits, París, 1999; Jean-Baptiste Botul, *Das sexuelle Leben des Immanuel Kant*, ed. de Dieter Redlich, trad. de Dieter Redlich y Angelika Rüther, Reclam, Leipzig, 2001; Jean-Baptiste Botul y Henri-Désiré Landru, *Landru précurseur du féminisme: la correspondance inédite, 1919-1922*, Mille et une nuits, París, 2001; Jean-Hugues Lime, *Le roi de Clipperton*, Le Cherche Midi, París, 2002.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Dulce María Granja 7

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA

Frédéric Pagès 15

NOTA A LA EDICIÓN FRANCESA

Frédéric Pagès 21

AMAR KÖNIGSBERG

Primera plática 25

MARIA CHARLOTTA

Segunda plática 39

¿DEBE CASARSE EL FILÓSOFO?

Tercera plática 47

LA CABEZA LLENA DE GRILLOS

Cuarta plática

El hastío de vivir 65

Orgías suecas 71

SUDOR, SALIVA Y SEMEN

Quinta plática

Gotas de cerebro 81

La deshonra de sí mismo 84

Semen y pneuma 88

LA COSA EN SÍ TOTALMENTE DESNUDA

Sexta plática

Lo sublime y lo obsceno 91

La verdad sin velos 95

COITO *ERGO SUM*

Séptima plática 99

Los hijos de Kant 103

EL DÍA Y LA NOCHE

Octava plática 107

El regreso de Maria Charlotta 112

Cronología 115

Bibliografía mínima 116

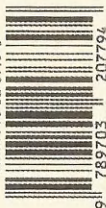
ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 15 DE AGOSTO DE 2003 EN EL
CVII ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO Y LVI ANIVERSARIO
DE LA MUERTE DE JEAN-BAPTISTE BOTUL

La vida sexual de Immanuel Kant, de la colección Pequeños Grandes Ensayos, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, fue impreso en Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112, col. Raúl Romero, 57630, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. En su composición se usaron tipos ITC Century Book 9/13, 8/12, 6/7 y Bell MT 20/21 pts. Para la impresión de los interiores se usó papel Cultural de 90 g; para los forros, cartulina Clásico marfil de 210 g y para el guardapolvo, Clásico premier marfil de 90 g. La formación estuvo a cargo de Marycarmen Mercado. La edición consta de 1000 ejemplares y estuvo al cuidado de Ana Cecilia Lazcano, Mariana Alatríste y Juan Carlos Rodríguez.

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

5. *Discurso sobre la dignidad
del hombre*
GIOVANNI PICO DELLA MIRANDOLA
6. *De lo real maravilloso
americano*
ALEJO CARPENTIER
7. *La muerte de Dios*
FRIEDRICH NIETZSCHE
8. *Discurso sobre el estilo*
GEORGES LOUIS LECLERC,
CONDE DE BUFFON
9. *La gran Tenochtitlan*
HERNÁN CORTÉS

ISBN 970-32-0779-0



**P
FE**
PUBLICACIONES Y
FOMENTO EDITORIAL



Lee este libro: puede cambiar tu vida